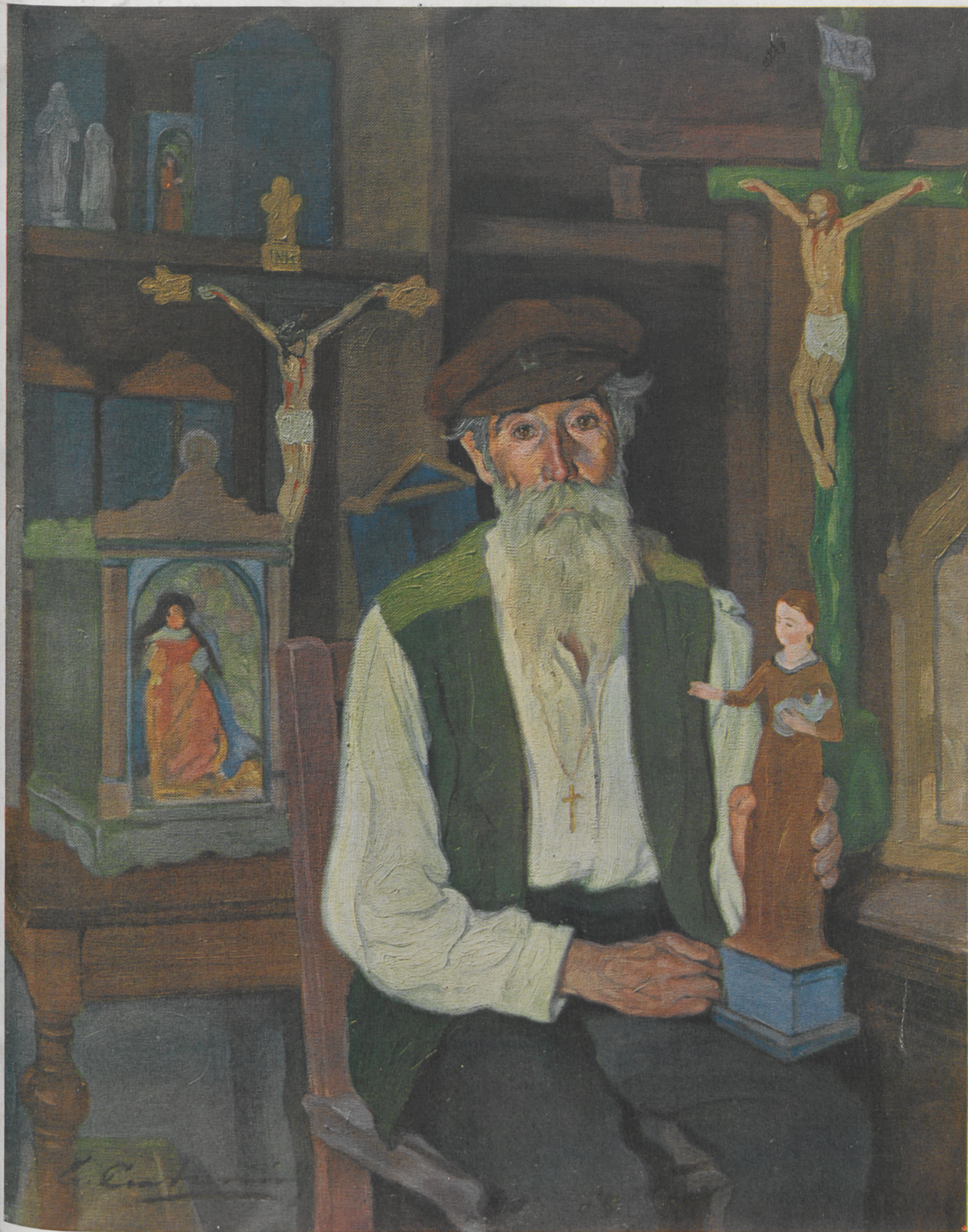
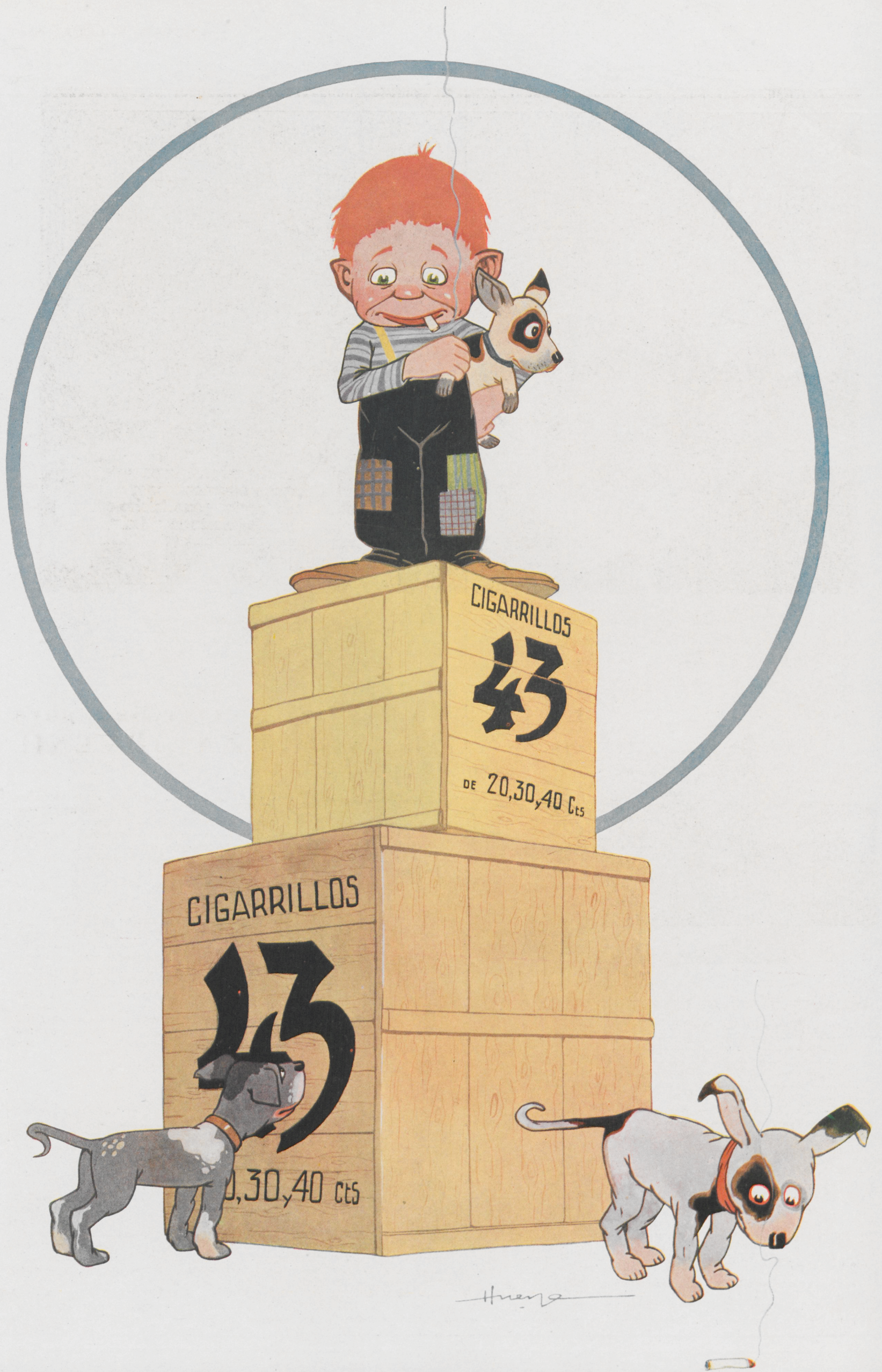


Plus Ultra



ANTENOR EL SANTERO





NUEVA YORK

Naón, embajador de la Argentina; el señor don Domicio da Gama, embajador del Brasil; el señor Josephus Daniels, ministro de Marina de los Estados Unidos; el comediógrafo Augustus Thomas; el capitán Carlos Daireaux, comandante del «Rivadavia»; el capitán César Augusto de Mello, comandante del «Sao Paulo»; el señor William Fellowes Morgan y el señor John Barret, director general de la Unión Panamericana.

FOTOGRAFÍA DE DRUCKER Y CO.

RECETAS caseras y sencillas para conservar la BELLEZA JUVENIL

por Charlotte Rouvier



BARRILLOS GRASIENTOS Y POROSOS

EL nuevo tratamiento del cutis del rostro por el sistema del baño espumante de la cara, extirpa instantáneamente los puntos negros, grasas y poros que nos afean. Es inofensivo por completo, agradable y de un efecto inmediato. Todo lo que tiene usted que hacer es echar una tableta de stymol (de venta en las farmacias y droguerías) en un vaso de agua caliente, y tan pronto como haya desaparecido la efervescencia que se produce, bañe usted su cara con este líquido. Cuando se seque usted encontrará que los puntos negros han salido de su guarida para ir a morir en la toalla, que los poros de su cara se han contraído y que también ha desaparecido la grasitud, dejando el rostro liso, suave y fresco. Este tratamiento debe repetirlo usted con intervalos de varios días, para asegurarse de que ese primer resultado se convierte en realidad permanente.

LAS CANAS. — REMEDIO CASERO

SON muchas las razones para que consideremos a las canas como huéspedes molestos, y muchas también las que nos hacen aborrecer el uso de los tintes. Y, por otra parte, no hay razón para

tener canas si no queremos tenerlas. Devolver el color natural a las canas es realmente la cosa más sencilla. Basta comprar en la botica dos onzas de tammalite y mezclarlas con tres onzas de «bay rum» o espíritu de laurel. Aplíquese la loción a la cabellera por medio de una esponjita durante algunas noches, y las canas irán desapareciendo paulatinamente. Este líquido no es pegajoso ni grasiento, ni tampoco produce daño de ningún género al cabello. Ha estado en uso durante generaciones que han conocido la fórmula, con los más satisfactorios resultados. Mezcle usted mismo la loción en su casa, consiguiendo un frasco completo de tammalite concentrada, con el sello intacto, lo cual será suficiente para asegurar éxito.

EL BUEN SENTIDO Y EL CUTIS

HASTA en las investigaciones de la ciencia, en lo que a la belleza del cutis se refiere, va imponiéndose la doctrina del buen sentido. En lugar de obstruir el natural funcionamiento de los poros con el uso de cosméticos, la mujer de talento adopta en la actualidad el «método de absorción», que consiste sencillamente en eliminar por medio de absorción el cutis exterior marchito y gastado que por cualquier razón la naturaleza no ha desprendido en la forma usual en una piel sana y joven. Bajo el cutis exterior, rugoso y manchado, toda mujer tiene una piel hermosísima.

Para extirpar este velo de aspecto desagradable, las mujeres inteligentes usan simplemente un poco de buena cera mercolizada, extendiéndola sobre la piel como si se tratara de cold cream. El resultado es inmediato, pues, en poco tiempo, la cera absorbe la epidermis externa de poca vida, cayendo aquella en forma de copos microscópicos y descubriendo el cutis bellísimo y joven que se encuentra debajo.

Si desean hacer la prueba, adquieran en la farmacia un poco de buena cera mercolizada, aplicándola por las noches a manera de cold cream sobre el cutis. Nada tiene de desagradable y el resultado que con tal procedimiento se obtiene es maravilloso, pues devuelve la fe-

licidad a cualquier mujer, que puede sentir entonces las delicias de un cutis lozano y fresco.

Tengo entendido que el producto genuino se expende al público en un envoltorio de cartón blanco, cuya cubierta exterior tiene la inscripción en inglés «pure mercolized wax» impresa en azul.

PARA EXTIRPAR LAS RAICES DEL VELLO

LAS damas a quienes contrarie el crecimiento de pelo superfluo, deben saber que hay un medio de hacerlo desaparecer, no sólo temporalmente, sino de matar por completo sus raíces. Para este propósito basta aplicar porlac puro pulverizado a la parte donde se haya presentado ese huésped molesto. Este tratamiento se recomienda porque borra instantáneamente el vello y además extirpa para siempre sus raíces de tal manera que el vello no vuelve a hacer su aparición. Una onza de porlac, que puede usted comprar en cualquier botica, es suficiente para el caso.

EL ATRACTIVO DE LOS CABELLOS ABUNDANTES

LA belleza del cabello contribuye poderosamente al magnetismo personal de damas y caballeros. Lo mismo las actrices que las damas de la sociedad elegante, están siempre a la mira de cualquier producto inofensivo que aumente la natural hermosura de su cabellera. El remedio novísimo es usar stallax puro como shampoo a causa de la brillantez, suavidad y ondulación que produce en el pelo. Como el stallax no ha sido usado nunca antes de ahora para este efecto, sólo lo reciben los droguistas en paquetes con sello original, conteniendo cada uno cantidad suficiente para veinticinco a treinta lavados de cabeza. Una cucharadita de las de café llena de los olorosos gránulos del stallax, disuelta en una taza de agua caliente, es más que bastante para cada shampoo. Beneficia y estimula grandemente el cabello, además del efecto embellecedor que le produce.



¡Esos Deditos Dejan Grandes Marcas!

La Cera Preparada de Johnson no retiene las marcas de los dedos. Proporciona una superficie brillante, como cristal, que protege el barniz contra la humedad y el calor. La

CERA PREPARADA DE JOHNSON

no contiene aceite. No se pone pegajosa en tiempo caluroso. No puede recoger el polvo. Conserva el barniz—cubre manchas y rayas—evita que el barniz se parta—y devuelve la belleza primitiva del acabado.

La Cera Preparada de Johnson es insuperable para pulir:

pianos,
fonógrafos,
muebles, pisos,

linóleo,
objetos de cuero,
etc.

Para dar lustre a la caja, guardafangos, tapicería, etc., de automóviles, se hallará que la Cera Preparada de Johnson es sin igual. Aumenta la belleza del acabado y lo protege contra el aceite, lodo, alquitrán y grasa. Es a prueba de polvo y agua. Aplicando esta cera, el lavado durará más.

Quedará Ud. altamente satisfecho con los resultados de una sola aplicación de la Cera Preparada de Johnson. El almacén donde haga Ud. sus compras puede proporcionarle los productos Johnson; si nos los tuvieron, ellos pueden obtenerlos de los distribuidores:

JANKEE SPECIALTIES AGENCY

Rivadavia, 1255
Buenos Aires

Fabricantes

**S. C. JOHNSON
& SON**

Racine, Wis.,
E. U. A.



DIA DE NIEBLA



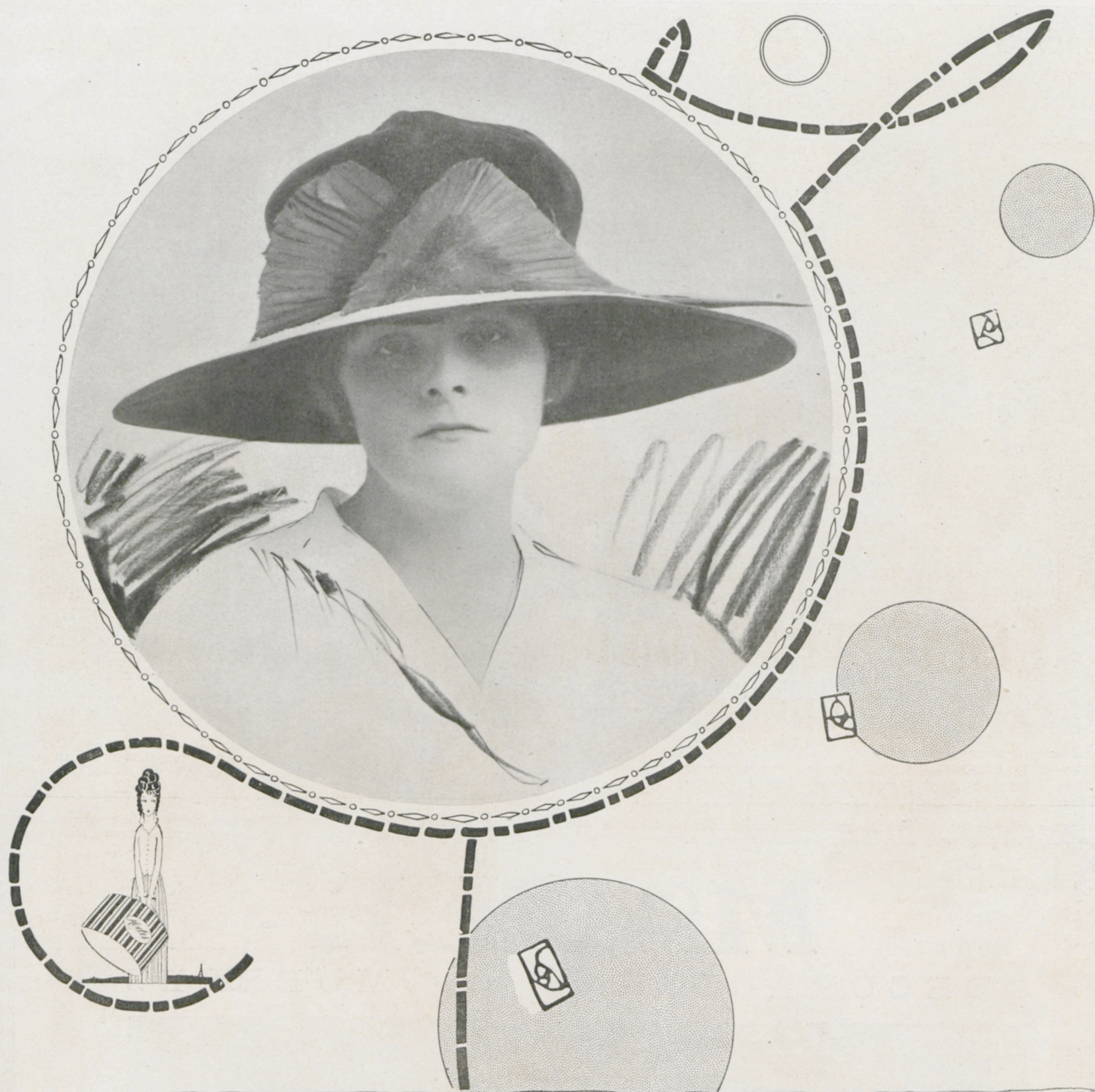
A veces, Buenos Aires que, según afirman los viajeros, se asemeja a París, viste un manto de espesa niebla para tomar un ligero tinte londinense. Y en esos días y noches nebulosas, el tráfico y los cerebros se abruma, menudean los choques y el malhumor.

Pero, justo es decirlo, la ciudad se embellece, gracias al adorno de ese manto tupido. Las siluetas de los edificios se transparentan como rostros de mujeres ya arrugadas y las calles enmudecen.

De pronto, entre la grisácea penumbra óyese un son metálico de corneta. El forastero sorprendido piensa en la bocina de Hernani, la trompa de Lohengrin o el clarín del Juicio Final. Y, lentamente, rompiendo la niebla surge un personaje extraño. Con paradójica paciencia, este hombre de la bocina empuja una maquinita de tren. Mucho ruido, pocas nueces y bastantes manises... Trátase del manisero, del vendedor de cacahués, dicho sea en casi puro idioma azteca.

Aquella locomotora de parodia es uno de los pocos vehículos que no temen los peligros del nublado tráfico. La hornilla, mediante la cual el mercader modesto calienta sus manises, arroja un humo que va a fundirse con la neblina, y los sones de la trompa también mueren en el ambiente hostil sin sacar ecos del bolsillo del parroquiano.

Los niños, fieles devotos del manisero, no juegan en las plazas. La bruma de agua dulce es para ellos un manto protector, el manto de un hada profiláctica, colaboradora del doctor Aráoz Alfaro. La gastroenteritis y otros males empachosos han huido, esperando los días de sol y de maní. El maquinista del indigesto tren no pasará por encima de vientrecitos infantiles.



En Sombreros de señora, Gath & Chaves tiene siempre colecciones novedosas periódicamente recibidas de París. Actualmente se exponen los modelos de pleno verano, todos primorosos, originales y de procedencia netamente francesa. Se exhiben creaciones de Reboux, Leonie, Lewis, Georgette y de otras muchas casas parisienses, no menos encopetadas.

The South American Stores ————
Gath & Chaves Ltd

LOS GATOS CON MEDALLAS



«EMPIRE LADY NICOTINE» ES UNA GATITA HERMOSA Y SUAVE COMO UN MANCHÓN, CONDECORADA EN EL ÚLTIMO CONCURSO DE FELINOS, QUE SE CELEBRÓ EN NORTE AMÉRICA.



«SILVER KING» ES UN ESPLÉNDIDO GATO, DIGNO COMPAÑERO DE ELLA. MÁS FELICES QUE EL GATO CON BOTAS, ESTOS DOS NIETOS DE MICIFÚZ LOGRARON RECOMPENSAS QUE LOS HOMBRES ENVIDIARÍAN.

MAPLE

DECORACIONES Y MUEBLES



UNA DE LAS VARIAS HABITACIONES AMUEBLADAS EN NUESTRAS GALERIAS

658, SUIPACHA

Agua de Colonia

Destiladas
Sobre flores



«LE SANCY»
SIMPLE

IDEAL PARA EL BAÑO.

Frasco grande, \$ 3.70
» medio, » 2.20
» cuarto, » 1.50
» chico, » 0.45

AMBRÉE

DELICIOSA PARA EL
TOCADOR

Frasco grande, \$ 5.70
» medio, » 3.30
» cuarto, » 2.—



«LE SANCY»
LOCIÓN

De rica e inconfundible
fragancia..... \$ 2.90



«NORA»
EXTRA FINA.

Frasco grande.... \$ 7.50
» medio..... » 4.50



«KENDAL»

EXQUISITA Y SUAVE.
Frasco grande, \$ 5.80
Loción..... » 3.60



«DUC»

ÚNICA POR SU DELICADO
AROMA.
Frasco grande, \$ 5.80

NOTA: ESTOS PRECIOS DE VENTA RIGEN SOLAMENTE PARA LA CA-
PITAL. — PARA EL INTERIOR SE AUMENTAN 0.20 CTVS. LOS FRAS-
COS GRANDES, TAMAÑO DE UN LITRO, Y 0.10 CTVS. LOS DEMÁS.

PÍDALAS EN TODAS LAS TIENDAS, FARMACIAS Y PERFUMERÍAS

MEDRANO, 476. **BLAS L. DUBARRY** BUENOS AIRES



Los modelos HARRODS
en trajes y sombreros pa-
ra Señoras y Señoritas,
son creaciones exclusivas
de nuestras "premières",
quienes interpretan la
moda actual con la dis-
tinción característica de
esta casa.

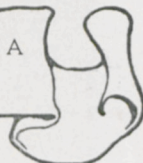
Harrods

Florida, 877 y Paraguay, 554

- | | | |
|--|----|-------|
| 1.—ELEGANTE TRAJE TAILLEUR de gran moda, modelo clásico, en sarga azul o gris. Medio forro de seda..... | \$ | 120.— |
| SOMBRERO MUY CHIC, en crin negro, adorno de pluma y cinta. En negro solamente..... | \$ | 28.— |
| 2.—ELEGANTE VESTIDO en espumilla azul, con alforzas y cuello de lencería..... | \$ | 130.— |
| CAPELINA DE PAJA DE ITALIA, adornada con rosas..... | \$ | 45.— |
| 3.—VESTIDO MUY CHIC, en voile blanco y fantasía de gran mo-
da. Medio forro de tul..... | \$ | 48.— |
| ULTIMA NOVEDAD DE SOMBRERO EN PAJA FANTASIA, co-
lor natural..... | \$ | 18.— |
| 4.—VESTIDO MUY CHIC, en rica clase de sarga, colores claros,
adornado con vainillas y fleco. Medio forro de seda..... | \$ | 75.— |
| ELEGANTE CLOCHE en linón, borde de paja, adornado de fan-
tasía..... | \$ | 28.— |



LA ALEGRÍA DE LA VICTORIA
UNA MANIFESTACIÓN EN LA AVENIDA DE MAYO.





SOTO
ACEBAL

LÓPEZ
NAGUIL



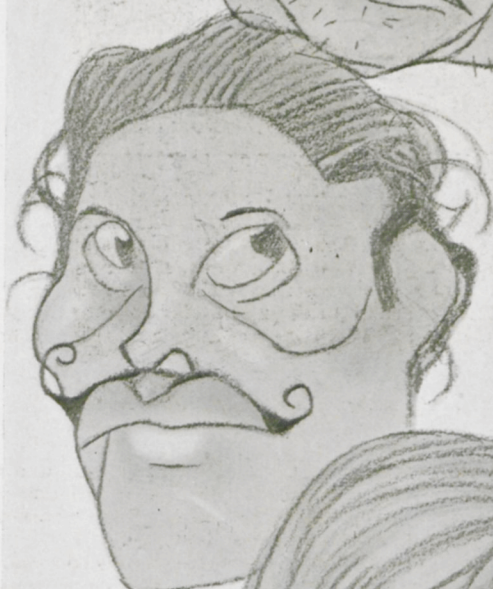
DE NAVAZIO



THIBON
DE LIDIAN



CARNACINI



SOTO
AVENDAÑO



LEGUIZAMÓN
PONDAL



SFORZA



SIBELLINO



FIORAVANTI

GRAMAJO
GUTIÉRREZ



SERRA LIMA

ARTISTAS
PREMIADOS
EN EL

VIII SALÓN DE ARTE



REYES

EL ESCULTOR ALBERTO LAGOS



MEDUSA. (BRONCE).



CONTECE con el artista Lagos. lo que con algunos seres muy afortunados que alcanzan el ideal de la vida sin el previo designio de encontrarlo; acaso—pudiera inferirse con razón—porque el ideal em-

peñado en buscarlos, acaba por dar con ellos. Nuestro artista, incapaz, por motivos complejos, de buscar el suyo, ha tenido la inconsciente virtud de dejarse encontrar.

Los que le hemos seguido en el trayecto de lo que él creyó su senda, hemos constatado como el instinto, supremo tutor de todo ingénito sentimiento, le ha puesto al borde de su prometida floresta; como insensiblemente, lentamente, blandamente, le ha llevado hasta esa, su modalidad expresiva y característica que le da su actual significado. Y con sólo aqueste privilegio, Lagos va realizando su obra, desde que ocupa su rango.

Es que en definitiva basta la necesidad imperiosa de una expresión para que se desdoble en el espíritu el ansia de realizarla, teniendo como tiene el arte por definitiva finalidad expresar de un modo determinado una simple idea. No hay en verdad nada más que esto, pero no hay tampoco nada menos, y en no amenguar la enormidad del sencillo propósito estriba la condición distintiva del artista.

[Expresar bellamente una idea! Pensad que hay demasiada ingenuidad en esta oración trivial, que no dice en suma nada de extraordinario, pero que encierra lo que hay de más abstracto, de más exquisitamente íntimo, de más esencialmente elevado.

Buscad entre vuestros recursos el secreto de

esta expresión, deteniéndoos a contemplar el panorama de los sentimientos; exigid de cada uno de ellos la fórmula capaz de poner en evidencia una emoción para hacerla llegar hasta los otros; combinad sus facultades supremas, que son causa de su existencia, y excitadlas con los mil resortes de las mil gamas, para dar con el anhelo inquieto de una revelación, y veréis como todo se esquivo, todo se repliega, o todo huye de vuestro intento; como va así disipándose la esperanza de un hallazgo, la posibilidad de un milagro.

Mas ocurre que un buen día, un alma simple sorprende en un impensado instante el tesoro de una veta en la sombra... Sus ojos ven más allá de la forma consabida; penetran y comprenden el misterio que hay en cada cosa; su entendimiento renuncia a descifrar el enigma, pero la fantasía crea insospechados mundos, más arcanos, más tenues, que el enigma mismo. Y sin deliberados desvelos va el misterio como conformándose, hasta dar con sus planos o sus luces, con su expresión corpórea, con la prerrogativa excelsa de alcanzar el propósito de emocionar.

Cuando Alberto Lagos era muy joven jugaba al football y al rugby; nadaba, corría, daba grandes saltos y era campeón de todos esos deportes anglo-musculares que si hacen fuertes las carnes, atrofian, a las veces, muy nobles y sutiles tejidos. Estimulado por un organismo apto para las proezas del género, lucía todas las características del «physique du rôle». Nadie hubiera dudado en su presencia, que la lucha y otros excesos contaban con él como un exponente del vigor de la raza nacional, y en prueba de tan singular condición,

pudo haber decorado su tórax con unas cuantas medallas de diversos metales, mal cinceladas todas ellas, y exornado los muros de su aposento con otros tantos diplomas honoríficos.

No obstante, entre músculo y músculo había en latencia otro individuo, el que menos podríais sospechar: un artista en desacuerdo absoluto con el atleta. La ocurrencia no es extraordinariamente rara, porque a decir verdad, nada habría tenido de asombroso que la mañana del lunes consecutivo a un gran partido internacional, Lagos se hubiese despertado escultor, prometiéndonos ubicar en medio de la pampa una docena de efigies equiparables a la del Nilo, o suplantar los adefesios de Bandinelli por otros héroes más fuertemente sentidos que los del tunante florentino, o poblarnos el parque de Palermo de gigantes y luchadores en impetuosa justa de bríos. Hubierais hallado una lógica concordancia entre un hombre nacido para el fiero trajín de las palancas y un temible estatuario de monstruos. Mas tal cosa no se ha visto.

A Lagos no le interesaron las magnitudes de los héroes farnesios, ni las gallardías ciclópeas, ni los desplantes de los próceres más o menos heroicos de la proveeduría escultórica. Hoy en día le molestan todas esas máquinas complicadas. Su sentimiento lo ha guiado por más recónditos senderos; y así como la vida nos sorprende con inusitados contrastes, obligándonos a reconocer que entre un organismo y el propio temperamento, cabe más de un mundo, el caso de Lagos nos enseña cómo puede un artista de sentir exquisito replegarse en un alma silenciosa hasta ayer y virgen de toda extraña gestión estética.

Fuera superfluo querer penetrar la razón de un artista, para dar a su arte un valor explicativo



que no ha menester. De Lagos pudiera decirse sin reparos, que no es un producto florecido a consecuencia de tal o cual circunstancia; ni un autodidacta, que diría un criticastro de la localidad, como si esta palabreja significase algo en la materia; ni todo aquello de inspirado, laborioso, técnico o reconcentrado, que corriente y gratuitamente se dice de ellos. Por suerte para él, nada de esto puede achacársele, con lo cual debe sobreentenderse que se trata sólo de un artista que hace escultura porque necesita derivar su afán perturbador de belleza; para lo cual pudo haber pintado o escrito, si su influjo dominante no lo hubiese encauzado por otra ruta. Halló, empero, en la forma modelada el secreto expresivo de sus antojos, y dentro de las exquisiteces que apenas se insinúan, la quimera de su ideal. No necesitó más el escultor para llegar a sugerir lo que creyó digno.

Poca cosa por cierto, pudiera argüirse, dentro de los atributos de la piedra imperturbable, si Lagos no sintetizara todo el poder de sus manos en el deseo apremiante de una vaguedad de intención, que sin prefijo propósito aspira perennemente a traducir. Y en esa vaguedad que se complace en dejar tenuemente inseguro el vaivén emocional; en esa impresión objetiva que presta a la obra su más duradero encanto; en esa casi afligente duda que evocan sus movimientos intencionalmente sin destino; en esa subconsciente incertidumbre cifra el artista

EN EL
ESTUDIO
DEL
ESCULTOR.

UN
RINCÓN
DEL RECI-
BIMIENTO.



SEÑORA MARIETA AYERZA
DE GONZÁLEZ GARAÑO.
(BRONCE).

su triunfo, prescindiendo de la pesquisa del fingido dinamismo, o del engañoso rictus pasional y haciendo de lado, esto sobre todo, la impulsiva destreza operatoria que acentúa las convulsiones o los relajamientos extremos.

Su escultura busca el efecto subentendido en los silencios de sus modelos; rehuye la revelación ostensible del carácter perfilado ad hoc en homenaje a la indestructibilidad de la materia prima y convence de que ese justo medio oculto entre tantos y tan varios sentimientos, es y debe ser, por lo definitivo, el alma de la augurada estatua que esconde cada bloque en su seno, y que la mano ha de desentrañar cuando puede.

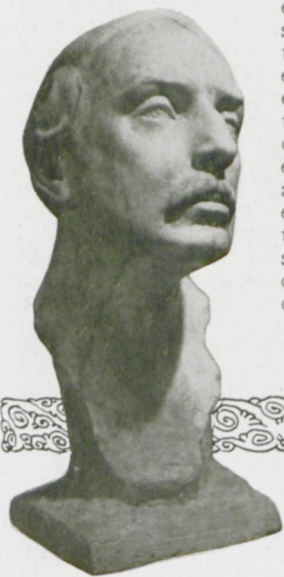
Sus temas atestiguan las predilecciones de su espíritu: la piedad dulcificada de Antígona; la condena fatal de la Gorgona; el pescador que implora por su alma; la adolescente que persigue con el vago mirar la senda de su ensueño; sus cabezas, en las que un dejo de voluptuosa melancolía atempera las formas; y en toda la

obra, estados de ánimo de velada inflexión, que esboza con desvanecido gesto, y el predominio de una pasividad taciturna que imprime a sus figuras la obsesión de las largas inquietudes; y un olvido casi deliberado del pliegue circunstancial, que es pensamiento siempre precario, o del ademán imperante, que resulta a la larga ineludible zozobra.

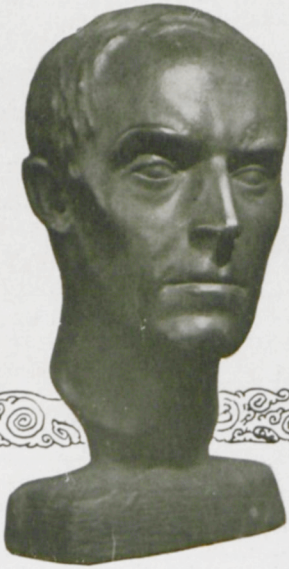
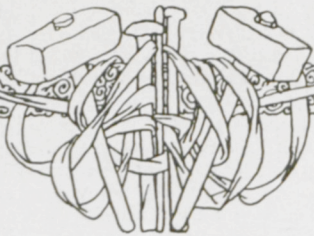
En este ilimitado propósito cabe el sentir de un vasto artista. Cada deseo, cada movimiento, cada idea encuentran infinitos modos expresivos, reveladores todos ellos, sintéticos si queréis, dentro del secreto imponderable de la sugestión; modos expresivos que van despertando en cada espectador un mundo nuevo, diverso siempre e indefinible, que toca en los espíritus capaces de reacción la predestinada fibra. Así la naturaleza, inmutable en la persistencia de su eterna belleza, se entrega nueva siempre a cada valor espiritual que llega hasta su misterio o a cada pregunta que se le formula.

Como intención, la obra de Lagos tiene decidido su cauce, lo que representa para su ensueño la segura proximidad de la cima. En adelante, acentuará la tendencia, intensificará la facultad de sensibilizarse—es aún muy joven—y fuerza será consagrarle como uno de los fuertes de nuestro débil momento.

ENRIQUE PRINS.



BUSTO DE DON ENRIQUE
LARRETA. (BRONCE.)



BUSTO DE DON CARLOS
REVLES. (BRONCE.)



TATA TINTILAY

ÓLEO DE PETRONE.

Siempre tuve por el campo un misterioso respeto, una adoración silenciosa y la admiración que se debe, a lo que sólo se conoce a través de la exaltación de un temperamento, traducida en un cuadro, un poema o un cromó postal.

Hombre de ciudad por excelencia, acostumbrado a pisar el asfalto y a tomar un taxímetro cuando se me da la gana, tengo formado sobre la comodidad, un criterio especialmente adecuado al siglo que transcurre.

Creo firmemente que la luz se hace, cuando uno se resuelve a dar vuelta de una llave; que el baño

ha de ser siempre con agua caliente y que para conseguirlo no es necesario nadar más que abrir una canilla; que en todas las esquinas ha de haber un vigilante; que los botines se han de lustrar solos y que las piernas son para caminar solamente cuando así se desee.

Por estas razones es que he sentido siempre el misterioso respeto por el campo, a

que antes hago mención. Y el entusiasmo que me ha despertado la descripción de un paisaje, la vida sencilla, la tranquerita, la china, el cimarrón, el gaucho bravío y un rodeo, ha decrecido ante el razonamiento, tan moderno, pero tan cómodo, de que la silla de manos había de ser un chisme absolutamente desconocido en las tierras de Santos Vega.

Días pasados, un pariente mío y que es hacendado, insistiendo en una invitación que muchas veces me hiciera, me pidió lo acompañara a su estancia. Por no poder negarme una vez más y por pura curiosidad también, acepté.

Y allá va lo sucedido, que escuchado en rueda de amigos, me dicen ser exacto en la casi totalidad de los casos.

El tren sale siempre a las ocho y media de la noche, hora muy incómoda y que equivale a comer en su casa a las siete, o ha hacerlo en el tren a las nueve, con el siguiente menú: sopa servida en hemisferios plateados y que se vuelca, pollo que puede ser un ciémples porque todo son patas, pescado que no se come porque se desconfía de la fecha de su defunción, un hueso con un pedacito de carne pegada, que es el asado, una naranja y café. Total tres pesos.

Enfrente, sentados, siempre hay dos personas, uno tipo criollo de luto, con manos paquidérmicas, que come con modestia y previa observación de cómo lo hacen los que le rodean y el otro de guardapolvo, calvo, uñas sucias, de modales exagerados y que se escarba los dientes con un palillo, que de cuando en cuando hace las veces de cata-pulta, con grave detrimento de una fotografía del «Bristol Hotel» de Mar del Plata, que está a su frente.

Y en seguida a dormir; si se puede, naturalmente.

Los momentos en que es posible hacerlo son: cuando la máquinatoma agua y dos estaciones antes de bajarse.

Con mucho frío y con muchísimo sueño se llega al punto de



LA VIDA COMODA

TEXTO Y DIBUJOS DE JUAN CARLOS IBERGO

destino, que fatalmente oscila entre las 3 y 5 menos cuarto de la mañana. El tren se va y un pasajero de segunda que padece de insomnio, mira por mirar lo que queda en la estación. Unas gallinas envueltas en alambre tejido, un peón dormido, un galpón, un hombre con una carretilla y un carnero con su rótulo al pescuezo; que me recuerda aquellos libros del colegio, que decían: «si este libro se perdiera, etc...»

Hemos quedado en el andén, las valijas, un servidor, mi pariente el estanciero y el jefe de la estación, que farolito en mano lo llama aparte, le conversa de unas guías y le pide un petizo prestado para el chico del telégrafo.

Para dejarles mayor amplitud y porque no me gusta meterme en vidas ajenas, comienzo el descenso de una lomita que hay en todas las estaciones, que es de carbón pisado, mientras pienso en lo incómodo que sería una apendicitis, una espina atravesada en la garganta o cualquier otra dolencia de intervención rápida, en lugar en que la terapéutica y la medicina operatoria se han desarrollado en tan escasa forma; y en estas divagaciones me encuentro frente al vehículo que ha de conducirnos.

Tiene cuatro caballos, una rueda remendada con alambre y el látigo no existe.

Llega el hacendado y su cochero; me alegro ante la perspectiva de huir pronto de aquel páramo.

Pero no señor, todavía no podemos salir, hay que cargar tres rollos de alambre y esperar la galleta. Una hora después llegan el alambre y la galleta, no cabemos todos cómodamente y, con toda franqueza, hubiera preferido que el alambre hiciera el viaje por separado.

Pero, en fin, todo es cuestión de arreglarse.

A los nombres de Noble, Chiche, Ruano y Galgo, dichos con voz estentórea y que hacen las veces de fusta, arranca el tronco en forma precipitada.

Noble se enreda, pateo, rompe un tiro y des-
arregla a Chiche. Indudablemente Noble tiene mal carácter.

Mi pariente me invita a descender para que coopere en la tarea de recomposición.

Metido en ella, llego al convencimiento de que los ojales y broches de una guarnición campera, son mucho más duros de lo que parecen.

Treinta minutos de compostura y partimos.

El cochero opina que haremos el viaje por el campo de los Berreta, camino más corto, que reduce la distancia solamente a nueve leguas.

Como no tengo una idea muy exacta de las medidas de longitud, pregunto qué son nueve leguas y se me contesta que cuestión de un ratito: cuatro horas más o menos.

Ante tal perspectiva cierro los ojos y trato de soñar con las botas del cuento.

Ha pasado mucho tiempo, el sol calienta ya, el alambre y la galleta se han movido muchas veces de su primera ubicación y estamos frente a una tranquera que nos cierra el paso.

Es el campo de los Berreta, la tranquera está cerrada con llave y la casa de los señores del feudo, no se ve ni por broma.

En fin, no hay más remedio, media vuelta y a cruzar el pantano de la calle.

Noble, Chiche, Ruano y Galgo ponen de su parte la mejor buena voluntad y al paso no más, con mucha paciencia consiguen hacernos cruzar las treinta y ocho cuadras de barro. Eso sí, dejándo-

nos, naturalmente, a la miseria y con unos lunares negros que harían morir de envidia a Mme. de Maim-tén.

Un galpón y unos arbolitos malos, me dicen que es el monte; me maravillo ante la idea de que eso sea un monte y no acierto a compren-

der, cómo en lugares semejantes puedan esconderse pumas, gatos monteses, perros salvajes y hasta perderse Caperucita Encarnada.

Son las diez de la mañana y hemos llegado, me despido del alambre y la galleta y al pisar tierra firme me cuesta conservar mi condición de bipedo.

Tengo mucha hambre; pero mi pariente el estanciero opina que ya no vale la pena desayunarse

y que, además, no podríamos hacerlo, porque el encargado de esos menesteres está en ese momento emparvando.

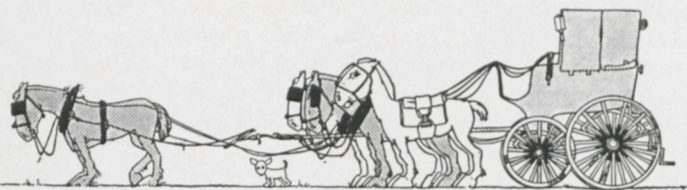
Mientras tanto se me invita a visitar el corral de los chanchos, la huerta, el gallinero modelo y una vaca con carbunclo. La distancia que media entre cada uno de estos puntos oscila entre catorce y diez y seis cua-

dras y el interés que ello me despierta muy relativo.

Los chanchos son idénticos a los de las fiambrerías, solamente que con más pelo y más sucios; la huerta, verduras igual a la del puchero; el gallinero, latas, madera y gallinas y la vaca con carbunclo, un animal triste. Carbunclo no se ve.

Almorzamos y al deseo lógico de matizar la digestión con una siestita, se me observa que sería una lástima no aprovechar día tan espléndido y se me propone salir a caballo.

Me entregan un freno y unas riendas y mostrándome el horizonte, me dicen: — Allá está el





BOSEQUEDOS DE LA SIERRA

LOS CÓNDORES RIDÍCULOS. Llegaron hombres de todo rumbo. Venían dispuestos a la conquista del mineral que atesoran las cumbres. Eran hombres decididos, de firme voluntad y nervudo brazo, diestro en el trabajo; hombres de alma grande que ambicionaban para el futuro un destino de oro. La montaña los recibió indiferente: su rústica grandeza de escarpadas faldas, abismos profundos y enhiestas cimas nevadas, ocultaba un corazón que, si bien alimentaba filones de rico metal, era soberbiamente recio, fatalmente inmutable. Pero los hombres venidos de todo rumbo no se arredraron ante la muda amenaza ni prestaron oídos a la arraigada desconfianza de los nativos. Treparon cuestas, transpusieron picachos, dejaron atrás fabulosos dominios de aquelarre y plantaron sus tiendas frente a los socavones, en la más remota altiplanicie. Y asestaron golpe tras golpe a la entraña montañesa, descuajando rudas piedras en subterráneos oscuros en que el brillar de las vetas primitivas provocaba una renovación incesante de esperanzas...

Sin embargo, bruscamente, inesperadamente, sobrevino el desastre lamentable. Ocurrió, tal vez, que al sentir muy adentro la insolencia del propio hierro vuelto en su contra por una mano varonil, la montaña lanzó en protesta un ríspido guijarro que fué a herir de muerte al trabajador. Fracasaron los conquistadores sin lograr el codiciado yacimiento. Y en derrota, mordidos por la miseria, se incorporaron a la vida detestable de los abandonados y de los inútiles. Vergonzantes...

Fué la tragedia escondida en los arroyos montañeses que, en los días de lluvia, olvidan la tradición de su música humilde para rugir en el torrente impetuoso.

En las abras cordilleranas soplan vientos iracundos. A veces, los cóndores, en su ambular majestuoso de señores del espacio, son sorprendidos en alguna por un remolino que los arrastra con furia desconocida azotándolos como pobres golondrinas sobre los cortes anfractuados de las rocas, pese a la enérgica y hábil maniobra de las alas. De la aventura resulta alguno — muy raro — maltrecho, destrozado, alicaído... y queda para subir por las laderas, en la imperiosa necesidad de vivir, como una ridícula sombra que reptará. Cóndores que sólo vuelven a remontar el vuelo y reconquistar su reino de las nubes, en la intimidad nconfesable de sus ensueños!

FLOR DE LOS CARDONES. Es la suya una vida efímera. Nace en la hora indecisa de las tardes murientes; abre ampulosos sus pétalos blancos al amparo de las noches tibias y serenas en que el viento, al pasar, le roba el suave perfume y lo lleva consigo para abandonarlo por ahí, en sus vaivenes, como una caricia del recuerdo; se amustia a la mañana siguiente bajo el sol enervante y tras una o dos nuevas noches de vida amanece caída a las plantas del gigante padre que tiene, para reemplazarla, muchas flores abiertas. Así transcurren septiembre y octubre y se pierde con ellos el encanto de estos campos casi yermos.

Y ella, la otra, que ha nacido también en primavera, se ha abierto a la vida ahora al cumplir los veinte años. Es alta, delgada, de manos muy blancas, de ojos muy negros. Tiene el hablar cadencioso, el aire gentil de un lirio; el mirar perdido en la lejanía y en el alma un tesoro de ingenuo misticismo a la par de cierta ilusión romántica que aletea como una mariposa sobre la triste flor de los cardones... Porque de niña aprendió, de labios de la madre, la letra humilde de una oración fervorosa; de labios de un chiquillo travieso y andariego, los versos nostálgicos de una cueca, que son también fervorosa oración de amores. Los vaivenes del viento, en las noches tibias, le roban el perfume de los labios, del pecho inquietante, y cuando el viento se aquieta en quebradas desconocidas o en lo dilatado del valle, su perfume se pierde sin orientación. Es que ella

ha nacido para rendir sus cariños en una noche de este octubre que, martirizándola, pasa una vez y pasa tantas veces que fatalmente se agota el sahumero en emanaciones de inútil ansiedad dolorosa. De tal suerte y a la deriva del tiempo, como una flor de cardón, la blanca serrana de ojos muy negros, la serrana gentil de alma ingenua y voz cadenciosa, amanece caída a las plantas del torvo padre. Ambiente de esta tierra de los cóndores heridos...

EL VALLE. Puede muy bien llamarse el Valle de las Armonías. La vida en él quiere ser alegre para contrarrestar el austero aspecto de la sierra que lo domina con la fría mirada de los reflejos del hielo. Así, el agua en las breñas y las calandrias en los mistoles, cantan cristalinas canciones; así, la floración multicolor de un plebeyo jardín cualquiera, es un luminoso rosicler abandonado en la mañana. Mas la gente en esta orgullosa patria de águilas, sólo aprendió versos tristes que lloran pérdidas inquietudes. Los dicen a media voz — tímidos en mostrar su aspiración — las mujeres jóvenes. Las mujeres jóvenes que al despedirse el día llevan una mano al corazón y aprietan fuerte, estrujando la blusa blanca que remeda por momentos la agitación de una gaviota herida, hasta que se extravía el pensamiento en vaguedades, mientras miran cómo nacen una a una las estrellas en la comba inmensidad del cielo.

Y en este valle, la noble, la admirable Naturaleza de corazón madre, tiene bondadosa predilección para la flor caída y para el cóndor maltrecho: donde murió la una ha brotado un retoño; el segundo, ha soldado al sol el desgarrón y ya ensaya vuelos nuevos... Sólo quedan en pleno olvido — tristezas vivientes — la blanca serrana y el audaz trabajador. ¿Será que se ha perdido la voluntad? ¿Será que nunca la conocieron?...

Hay en el aire vibraciones de protesta, alientos de otra vida que el nativo no comprende. Sabe únicamente — porque le hiere la vista — que el crepúsculo que fué primero una cinta opaca y sin brillo, cual si las playas arenosas de estos ríos secos fueran playas de otros ríos en que creciera un ceibal inmenso todo en flor, se prolonga y fulgura como una amenazante visión de incendio en marcha...

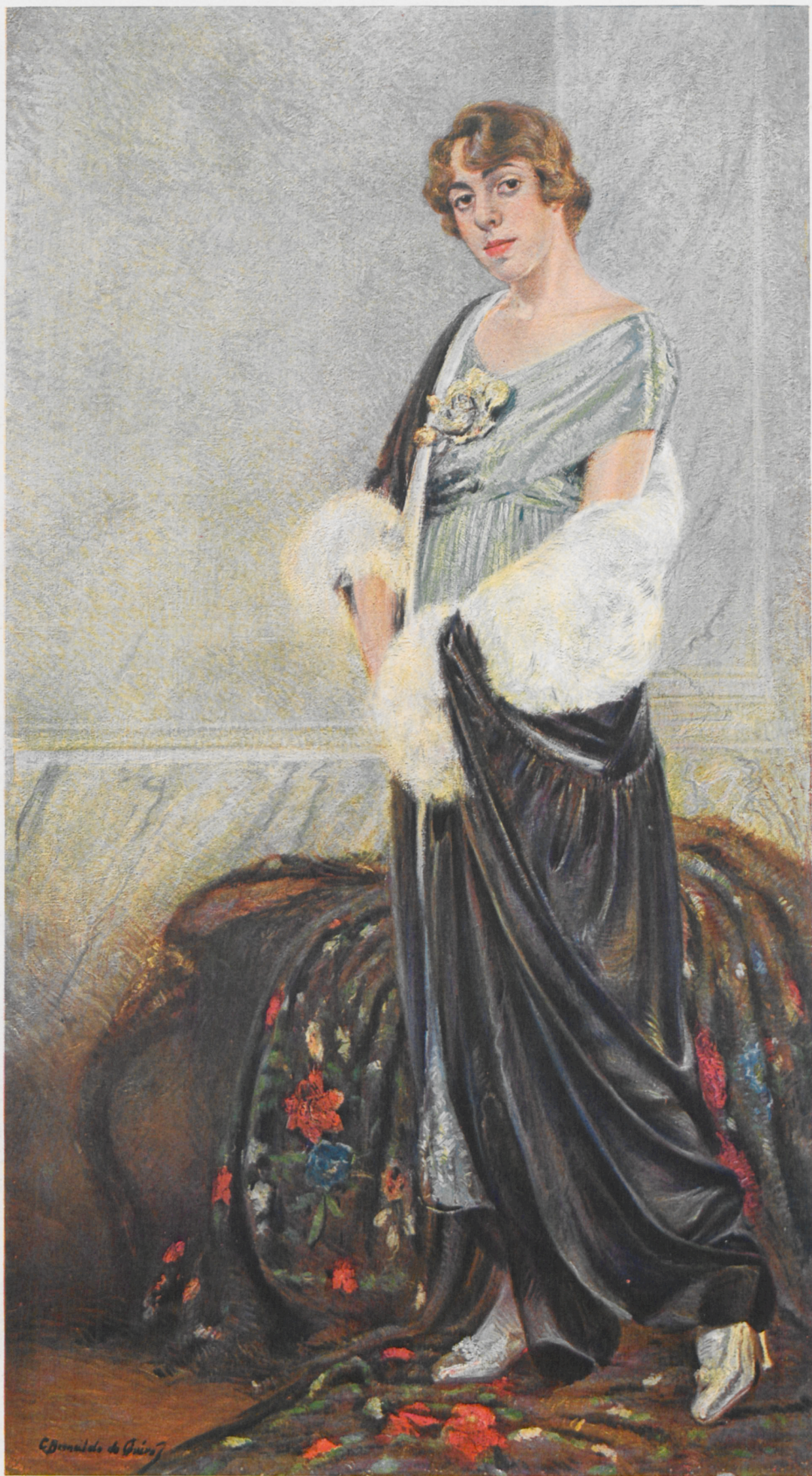
ADOLFO LANÚS.



DIBUJOS DE CENTURIÓN.

RETRATO DE LA
SEÑORITA MARÍA
JUSTA PUEYRREDÓN.

ÓLEO DE CESÁREO
BERNALDO DE QUIRÓS.



NOTA de CORDOBA.



La colección de curiosidades del Padre Cabrera

EL PADRE CABRERA EN SU DESPACHO,
CLASIFICANDO ALGUNOS OBJETOS
ANTIGUOS.

NTREABRIENDO la puerta del zaguán, limpio y desnudo como las celdas de clausura, una anciana criolla nos pregunta: ¿Los señores desean ver al padre Cabrera?

— Si hace el obsequio de anunciarnos...

— Pasen y esperen un momento — dice mientras nos franquea la entrada. Monseñor no tardará en venir. Y tomando con su mano enflaquecida la tarjeta que le ofrecemos, nos conduce hasta una salita cuajada, llena de viejos muebles y cuadros de procedencia colonial.

En el ambiente de la salita, el silencio parece cristalizarse sobre los objetos antiguos. Nada se oye. Sólo de cuando en cuando, vienen de la calle leves ruidos que se amortiguan a través de las gruesas paredes encaladas; este rumor de vida, trasunto de la ciudad populosa, contrasta con la quietud honda y solemne del pequeño recinto. Varias pinturas de distintos tamaños, encuadradas en dorados marcos barrocos, ponen su nota candorosa sobre los reboques modernos. Son figuras santas y piadosas, ejecutadas con un sentido algo primitivo, algo ingenuo y rudimentario, pero que denotan la sencillez y la pureza de aquellos artistas de las misiones americanas, que supieron reflejar en el lienzo su propio espíritu, saturado de celestial aroma. Por eso logran interesarnos estas figuras, pintadas sobre fondos de oro y entonadas en colores violentos; santos de expresión dolorosa, vírgenes pálidas con el niño dormido entre los brazos y cristos de mirada suplicante, cárdenos y cubiertos de heridas, en signo de conformidad evangélica.

La salita donde esperamos la



RARAS IMÁGENES AMERICANAS DE MADERA TALLADA, PROCEDENTES DEL PRIMER TEMPLO DE TULUMBA Y DE LA IGLESIA PARROQUIAL DE FAMATINA, EN LA RIOJA.

llegada de monseñor, por el abigarrado conjunto de los objetos que encierra, más que aposento familiar parece vivienda de anticuario. Artísticas cornucopias doradas, de esas que ya se encuentran rara vez y que lucieron en los salones palaciegos de 1780, muestran aquí la delicadeza de su línea armoniosa junto al friso de la techumbre. Haciendo juego a su alrededor, penden viejos retablos de madera policromada, armas de procedencia aborigen, relicarios, cruces de ébano y jacarandá, banderolas y estandartes procesionales, que pasearon por las plazas de Córdoba en días de fiesta solemne, entre el boato de gobernadores, cabildantes y familiares del Santo Oficio.

Cada sillón de cuero, cada aparador, cada arquimesa de las que adornan el recinto, tiene el sello característico de la época en que el Nuevo Mundo contribuía con su oro al esplendor de conquistas y virreinos. Polvo de siglos tienen estos muebles vetustos, roídos por la polilla y por el tiempo; polvo de siglos tienen, y un vago aroma de eternidad que los consagra como representaciones vivas de la Historia. Y es así, que al encontrarnos en este lugar apacible, rodeados de tantas venerables reliquias, hemos sentido en nuestro espíritu una extraña sensación de respeto. Es el pasado heroico que resucita, que despierta nuestra sensibilidad, que se nos revela en cada molécula de polvo centenario...

El rumor de unas pisadas resonantes, repercutiendo en la bóveda de la galería blanca, corta el hilo de nuestras ideas... Esperamos unos segundos más. Cuando el padre Cabrera entra por la puerta del fondo, cuyas maderas

crujen al abrirse, nos saluda con reposada ceremonia.

— Ustedes disculparán el retraso de mi llegada, — nos dice; — estoy convaleciente de una recaída en la



CAPILLA DE SAN
JUAN BAUTISTA



FRENTE DE LA PARTE ALTA DEL
MUSEO, CON OBJETOS DISPUESTOS
PARA SU CLASIFICACIÓN.



UNA SALA DEL
PISO BAJO.

enfermedad crónica que padezco, y apenas si puedo verme. Los médicos me recomiendan descansar, mucho descanso.

—Pues entonces, sentimos haber venido a distraerlo, hallándolo enfermo como dice; pero estando de paso en Córdoba, no queríamos marcharnos sin visitar antes su museo.

—Y han hecho muy bien en venir — nos interrumpe amable. Además, como creo que estas cosas viejas no nos pertenecen nunca en absoluto, pongo toda mi buena voluntad en conservarlas y darlas a conocer. Es una satisfacción de coleccionista.

Las palabras de monseñor Cabrera, nos animan a preguntarle cómo logró reunir las curiosidades que posee.

—Ha sido una labor de toda mi vida. En esta vieja ciudad de Córdoba — continúa mientras pasamos al salón, — he encontrado la mayor parte de lo que ustedes

ven, restos todos de inapreciable mérito, vinculados al florecimiento artístico y religioso del continente, en aquella lejana edad de las fundaciones, los descubrimientos y las guerras contra el poblador aborigen.

Córdoba era entonces centro del valor y de la sabiduría colonial. Sirviendo de punto intermedio entre el Río de la Plata y las ciudades del Alto Perú, a ella concurrían viajeros de todos los lugares de América.

El indio, sometido a la autoridad de los caciques, hacia comercio con sus huacos, sus tejidos y sus bellas obras de platería. Los que vivían en la ciudad, estaban generalmente al servicio de los nobles, peninsulares y criollos, que componían una especie de aristocracia, tan grave de maneras como amiga de boatos y solemnidades... Cuando llegaban noticias de importancia, eran comunicadas al vecindario por los pregoneros del Cabildo, que recorrian las calles silenciosas con



SAGRARIO ESPAÑOL DEL SIGLO XVII.



IMÁGENES Y PORCELANAS ANTIGUAS



ÁNGULO DEL SALÓN PRINCIPAL.



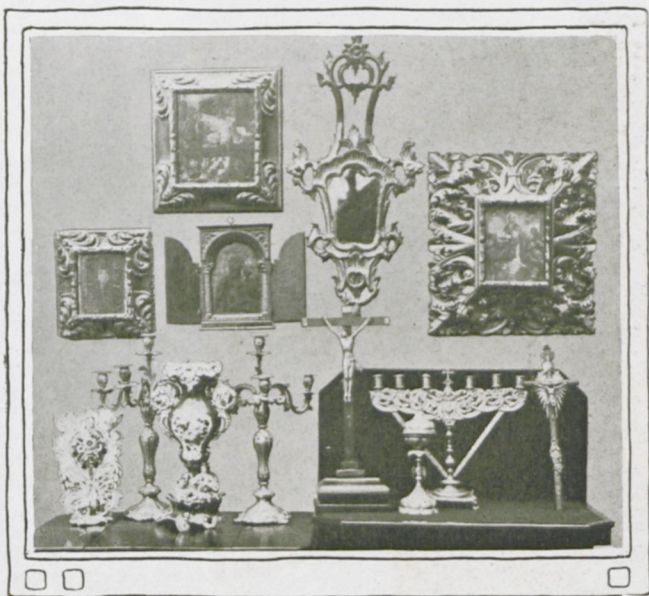
ALGUNAS PIEZAS DE LA COLECCIÓN, ENTRE LAS QUE SE DESTACA UN TRÍPTICO BARROCO QUE FIGURÓ EN EL CONVENTO DE LAS CATHALINAS, DE CÓRDOBA.



VASOS SAGRADOS Y CORONAS DE PLATA LABRADA Y REPUJADA.



COLECCIÓN DE OBJETOS DEL SIGLO XVIII Y PRINCIPIOS DEL XIX.



PIEZAS DE PLATA Y PORCELANA, CUADROS DE LAS MISIONES JESUITICAS Y CORNUCOPIA ESPAÑOLAS DEL TIEMPO DE CARLOS III.

gran algarada de atambores y pífanos. Las damas cordobesas, mirando por detrás de las pequeñas celosías, veían desfilar el tumulto, formado principalmente por indios y gente de color, entre los que no era difícil descubrir la figura de algún viejo soldado, o el rostro picaresco de algún estudiante ladino.

Aparte de las fiestas religiosas, las juras reales y demás acontecimientos obligados, nada turbaba el sosiego de aquellos interminables días, todos iguales y monótonos. Desde el amanecer hasta la noche, las campanas de la Catedral, de San Ignacio, de las Madres Cathalinas, marcaban el rumbo de las horas... Los ecos del bronce monacal repercutían en los claustros de la Universidad famosa, en la recoba de la plaza, en los callejones angostos y en los aposentos y cámaras de las casonas seculares. En estas cómodas viviendas, de aspecto sencillo, habitaban las familias de nombres abolengos: los Texeda-Miravai, descendientes del conquistador Tristán de Texeda; los Pizarro, los Funes y Quiroga, los Garay, sucesores del fundador de Buenos Aires y Santa Fe, los Saavedra y Sanabria, los Allende, cuya casa de morada es un bello modelo de arquitectura barroco-incásica, los Jofre, los Cabrera, los Luque, poseedores de extensos predios en la zona de Río Segundo, los Escobar, los Figueroa, los García-Posse, y tantos otros que ilustraron con sus hechos gloriosos los anales de la Colonia y de la Independencia.

En tanto que el padre Cabrera nos habla de la antigua Córdoba, vamos recorriendo a su lado las dependencias de la casa. El salón llamado de las vitrinas, contiene una estimable colección de abanicos y peinetas de carey, colocados sobre ricas telas de brocado, con realces de oro y pedrería. Entre estos preciosos objetos, brillan las bandejas de plata, las coronas, los sahumerios y los mates, unos con pájaros y flores, otros con fantásticas alegorías de sirenas y los más con raros dibujos en relieve. Llama la atención un porta-viático, con el águila imperial, magnífico modelo de argentería criolla.

Asimismo figura un gran espejo barroco, rodeado por retratos de pontífices, y un crucifijo de gran mérito, que a su valor artístico une el ser de remotísima antigüedad. Su actual dueño lo adquirió en Santiago del Estero. Allí había pertenecido a un convento de Carmelitas, y se cree fuera llevado por algún fraile misionero, a principios del siglo XVII.

A continuación de esta sala, donde también se admiran tres pequeñas arcas de madera y cuadros pintados sobre cobre, pasamos al despacho, al oratorio, a las piezas de confianza, y, por último, a las dependencias del piso alto, especie de depósito materialmente lleno de curiosidades y muebles, dispuestos para su estudio y clasificación.

Dos camas sin dosel, parecidas por su elegante talla a la que existe en el Museo Histórico Nacional, son bellos ejemplares muy bien conservados que dan idea del gusto con que



IMAGEN DE LA VIRGEN DEL PILAR, QUE SE VENERA EN LA IGLESIA DEL MISMO NOMBRE DE LA CIUDAD DE CÓRDOBA. ESTA ESCULTURA FUE PROPIEDAD DE LA FAMILIA VÉLEZ SABADIEL.



MATES Y SAHUMADORES PERUANOS, PUESTOS SOBRE BARGUEÑOS Y ARQUIMESAS DEL SIGLO XVIII, TARACEADAS CON MARFIL Y CAREY.

se alhajaban las grandes viviendas americanas del siglo XVIII. En otro lugar de la misma sala hay un notable altoprelieve, trabajo de excepcional importancia ejecutado por los indígenas. Es el único que ha podido salvarse de una serie de tablas de los doce apóstoles, existente tiempos atrás, en la iglesia parroquial de Famatina, en La Rioja. Se encuentra muy deteriorado y no carece de expresión y movimiento.

El sagrario, en forma de tríptico, cuya construcción se remonta a los años de 1700, es pieza de extraordinaria originalidad, presentando en su interior una bella imagen de la virgen, y al pie de las columnas que sustentan la arcada, dos figuras orantes. Este raro ejemplar hace pareja con otro viejo tríptico, en cuyo centro guarda cuatro retratos de hombre y de mujer, vestidos a la manera cortesana. Estuvo en una de las estancias que poseían los sucesores de Jerónimo Luis de Cabrera, fundador de Córdoba del Tucumán y se destaca, no tanto por el valor artístico de las pinturas como por ser, quizás, retratos de la familia de Cabrera en el siglo XVII.

El oratorio contiene una capilla de estilo barroco - peruano, de muy tosca factura. Sobre el blanco mantel de los Oficios, está la primitiva imagen de Nuestra Señora del Pilar, venerada hasta hace poco tiempo en la iglesia de su nombre en Córdoba. La capilla ciérrase por pequeña verja de hierro, con dibujo no exento de elegancia, aunque revela cierta imperfección en la forja.

Las demás habitaciones, halláanse igualmente repletas de curiosidades del más alto valor histórico. Entre ellas se distinguen: Unas tapas de misal, que se supone pertenecieron al obispado del viejo Tucumán; varios antifonarios procedentes del Perú y Bolivia; un bargueño de nácar y marfil, con evocadoras leyendas de oro en cada uno de los cajones, referentes al destino del mueble; varios yelmos de la conquista; el estandarte del tiempo de Felipe IV, bordado en terciopelo carmesí, que formó parte del tesoro de la Catedral cordobesa; un cáliz para guardar la sagrada forma antes de ser consagrada, perteneciente al templo de la Merced, y la virgen y el niño del Racimo, venerados otro tiempo en la iglesia del Valle de la Punilla, bajo la advocación de Nuestra Señora de la Luz. Es una talla muy antigua, y estuvo en poder de los Zapata de dicho valle.

Tales, en resumen, el museo del padre Cabrera, distinguido historiador argentino que une a su paciente labor investigadora, la encomiable idea de acumular toda clase de objetos artísticos y arqueológicos, salvándolos de la posible falta de cuidado a que se hallan expuestos, clasificándolos en debida forma y haciendo, además, que se les conozca y admire en su alto sentido y significación.

ANTONIO PÉREZ-VALIENTE.

FOTOGRAFÍAS DE ARTURO FRANCISCO.



ESCRITORIO-SECRETAIRE DE MADERA OLOROSA Y ARMARIO CON INCRUSTACIONES DORADAS.



DIVULGARE

L
Lugares
P
Pintorescos



fotografía
de
bruno

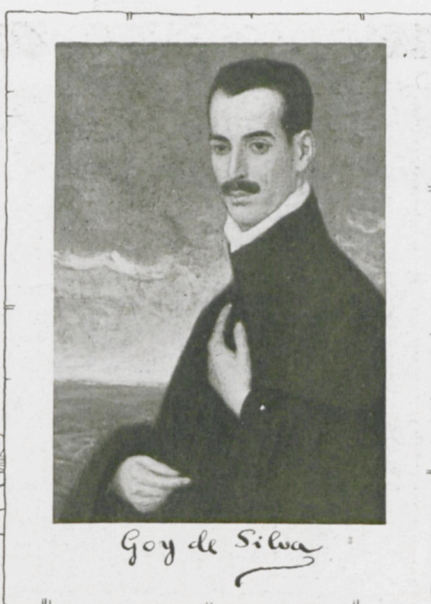
DIVULGARE

A
Alrededores de B
Buenos Aires

UN RETRATO ADMIRABLE

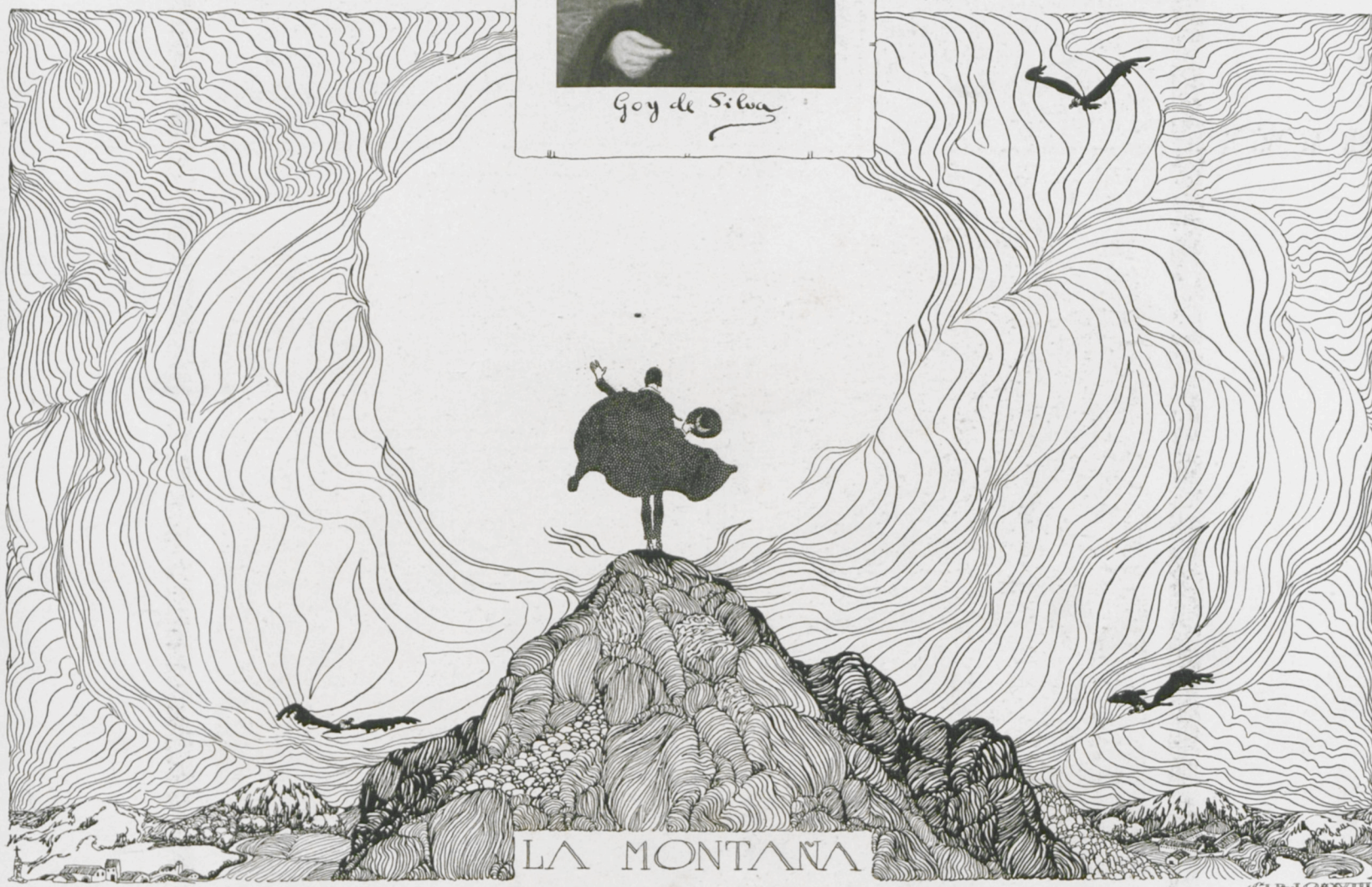
He aquí que ante el retrato de Goy de Silva (obra magistral del artista argentino Ernesto Riccio recientemente consagrado, con excepcional unanimidad, por nuestra crítica, en la última Exposición del «Círculo de Bellas Artes») vemos al poeta tal cual es, en realidad, con su apostura de caballero antiguo, calatravo o santiaguista. Creeríase uno de los hidalgos linajudos que forman el cortejo de duelo en el *Entierro del Conde de Orgaz*. Ningún retrato contemporáneo más español que éste, hermano de aquel otro de *El Caballero de la mano al pecho*, que firmarían sin desdoro el propio Greco, el propio Velázquez y, viniendo a nuestro tiempo, el propio Zuloaga.

Diríase que no han pasado los siglos sobre el carácter y sobre la indumentaria del personaje, que son, sin embargo, personaje e indumentaria, de pleno siglo xx. Porque así es Goy de Silva, tal como lo vemos por Madrid, en el invierno, a la salida del «Español» o de «La Princesa» en las noches de estreno, o en las exposiciones artísticas, o en los pasillos del Ateneo. Así es como hemos visto por primera vez al poeta en Toledo, una Semana Santa,



llevando un cirio en la procesión del Santo Entierro, entre canónigos y prebendados, tras la carroza donde era conducida la imagen yacente de Cristo en una urna de cristal. El poeta helénico, el cantor de las rebeldías divinas, iba, tal vez por un capricho de artista emancipado de todas las tiranías del espíritu, como un devoto fervoroso y místico (peregrino más del arte que de la religión) envuelto en su amplia capa negra, de alto cuello y severos pliegues, llevando, a manera de gola, la blanca bufanda sedaña. Su faz pálida, de mirada vaga, nariz fina y altiva, boca voluntariosa, espaciosa frente y óvalo alargado, atraía la atención de los toledanos que parecían admirarse de ver la representación viva del tipo hidalgo tradicional, casi extinguido en la propia cuna de la raza. Aquella severidad y pureza de líneas y aquella suprema distinción de toda la figura, envuelta con noble empaque en la negra tela, no se encontraban, ya, más que en las imágenes perpetuadas por el pincel de Domenico Theotocopuli.

Es, pues, un acierto admirable y un gran triunfo para el artista argentino haber logrado darnos la más perfecta visión plástica del austero autor de «La Reina Silencio».—JOSÉ SERRÁN.



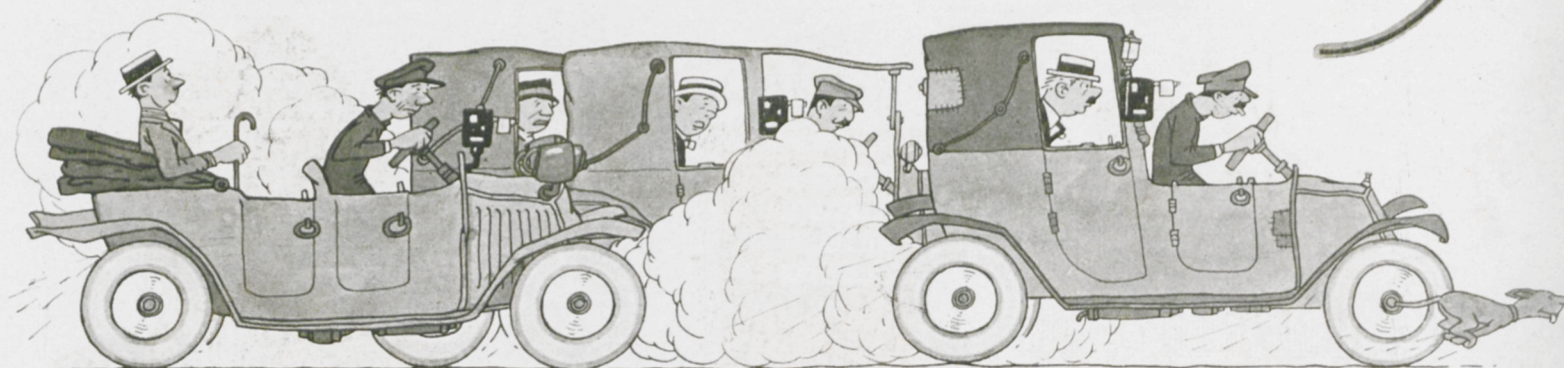
Yo soy la montaña, rodeada de abismos.
Nací del más grande de los cataclismos,
cuando al mundo joven, vestido de fuego
como un sol, los dioses lo dejaron ciego
apagando airados su manto de llamas.
Una lepra, entonces, cubriendo de escamas
al mundo, redujo su fuego a ceniza
y surgió la tierra árida y caliza.
Mas luego, al empuje de aguas y vientos,
despertóse el mundo con sacudimientos
tan fuertes, tan rudos, tan desesperados,
que los dioses mismos fueron espantados
y huyeron, en alas de luz, a otros mundos.
después de trazar los surcos fecundos
en el elemento de la tierra pura.
¡Sobre aquellos surcos floreció mi altura!
Mi altura que rinde al ave y asombra
al árbol y da a los valles sombra...
El cóndor me dice con voz de despecho:
«Para mí, montaña, el mundo es estrecho.
De un vuelo recorro la terrestre esfera,
mientras que tú eres, pobre prisionera,
con tanta grandeza, solitaria cumbre
sin alas, rendida por tu pesadumbre...
¿Qué ves en los siglos de tu vida triste
de todo lo bello que en el mundo existe?
¡Siempre el mismo cielo y el mismo horizonte,
el valle cercano y el cercano monte!...
¡Qué horrible tormento de monotonía
te imponen los siglos, montaña, día a día!...»
Mas, yo, a tales voces, con altivo gesto
y claros acentos de agua, contesto.
«Pobre cóndor, ave de efímera vida,
en un leve pliegue de mi manto anida
tu familia entera, parásita ave,

ni envidio tu vuelo, ni envidio la nave
que en alas del viento los mares recorre.
Yo lo veo todo, porque soy la torre
más alta del mundo, que humilla las cumbres
para quien los astros encienden sus lumbres;
antorchas celestes, lámparas de estrellas
a cuya luz veo las cosas más bellas...
Pasan en las noches, ante mis miradas
legiones de nubes de formas variadas...
Semejan walkyrias de melena bruna
y yelmos y cotas de plata de luna...
Con luz de relámpagos brillan sus broqueses,
sus lanzas son rayos y son sus corceles,
de argentadas crines, negros nubarrones
con cascos herrados de constelaciones...
Otras veces pasan semejando flotas
de grandes navíos con las velas rotas
que desgarró el viento en rachas violentas,
o con arañazos de luz, las tormentas...
Ya inmensas ciudades pueblan los espacios
y al rojo crepúsculo sus bellos palacios,
como contruidos con piedras preciosas,
parecen moradas de genios y diosas...

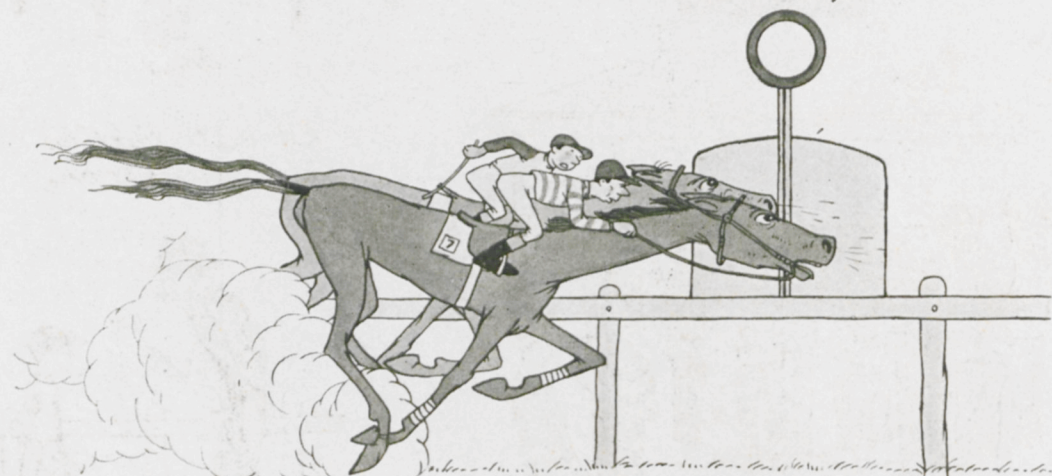
Fantásticas formas recorren los cielos...
bandos de quimeras, en rápidos vuelos,
simulan las nubes, o un mar proceloso
lleno de sirenas de canto armonioso
que fingen los vientos... Sirenas, tritones,
pegasos, centauros, esfinges, dragones...
Una monstruosa fauna de vestiglos,
para mi recreo me muestran los siglos
incesantemente, de noche y de día,
¡En vida tan varia no hay monotonía!...
¡Con cuánto espectáculo de tanta belleza

festeja mi vida la Naturaleza!...
Para mí no vierten su tedio las horas...
Al nacer el día abren las auroras
sus alas de oro y tienden su vuelo
por el horizonte de Oriente, y el cielo,
como un cofre inmenso que un tesoro encierra,
derrama riquezas de luz en la Tierra...
Y la tierra entera me ofrece sus galas
son de agua mis ojos. De nubes mis alas,
y así, sin moverme de aquí, veo el mundo,
desde lo más alto a lo más profundo.
El agua es mi sangre, que todo lo inunda,
por ella es la tierra pródiga y fecunda.
El agua y el fuego, preciados tesoros
de líquidas platas y fundidos oros,
que riegan las venas del mundo, son míos
¡Yo abro los volcanes, desato los ríos...
brotan de mi frente claros manantiales,
ellos son mis ojos que van a raudales
recorriendo campos, pueblos y desiertos...
ojos incansables, noche y día abiertos,
no hay nada que ellos puedan ignorar...
Lo ven todo; el cielo, la tierra y el mar,
y van más allá, donde ni las aves,
ni la luz, ni el viento pueden ir... ¿no sabes,
oh ignorante cóndor, que mis ojos puros
ven hasta en el seno de los más oscuros
abismos terrestres y en las submarinas
regiones, a donde tus alas mezquinas
no pueden llevarte jamás en su vuelo?...
Mis ojos ven todo: la tierra y el cielo
y el mar y la mina profunda, en su entraña...
¡Si Dios lo ve todo, Dios es la montaña!

Un domingo en las carreras



La caravana pasa



Por media cabeza; que jettá!



El señor de la Oficial



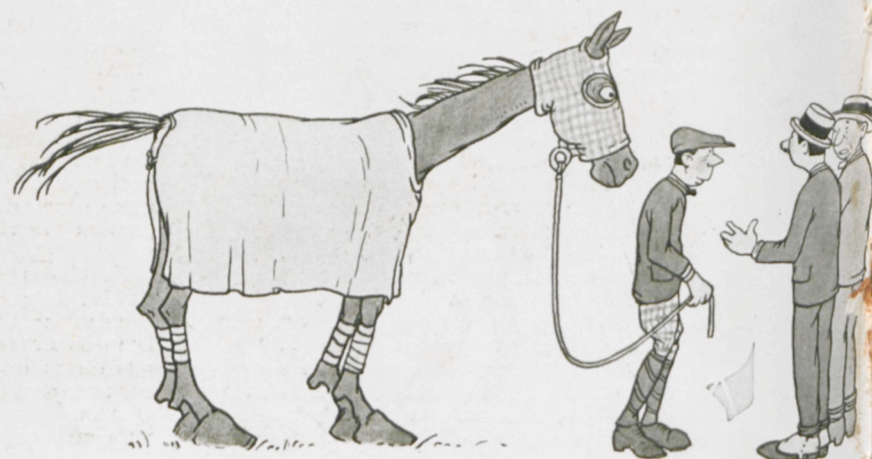
Estudiando el crack



¡Zás!; Me robaron los boletos!



¿Viste?; me saludó Mingo!



No te decía que era un perro?



Un datero en la Popular

COTIZACIONES A GANADOR	
2 MOLLOCH	24347
3 REMANSO	19516
5 FLORILEGIO	21491
8 FOURIRE	15
65369	
2ª ANOTACIÓN	



¡Va a dar un sport bárbaro!



El catedrático del Paddock



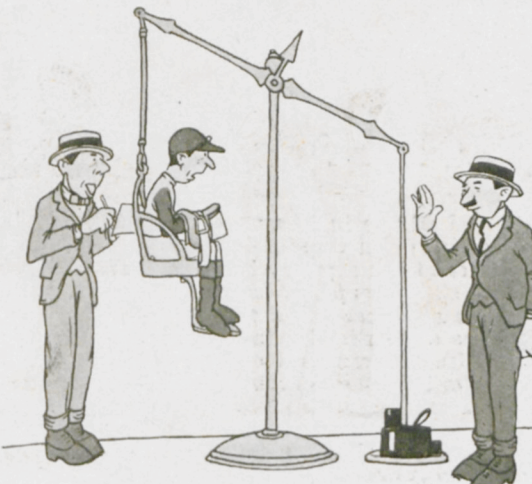
Últimas instrucciones



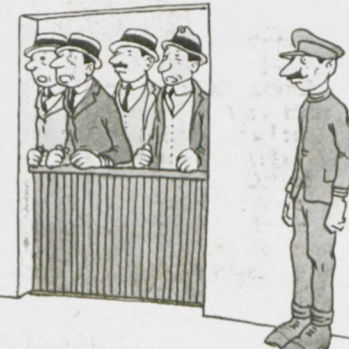
Esperáte, todavía no han bajado la bandera



Un invitado a la tribuna de los socios



Perdió diez kilos



Desgraciado en el fuego...



Un calmante para el dolor de cabeza, un trapo para los bolines y... la caravana vuelve

Hu

Narciso

por
Manuel
Aznar

Dibujo
de Peláez

«Ufano, alegre, altivo, enamorado» ha pasado Narciso mirándose en los escaparates de las tiendas. El muy pícaro ha pasado estirado, ceñido, enguantado, luciendo sobre su boca, un poco triste, la absurda brevedad del bigote. Hubiérase dicho que allá iba una contradicción andante. Porque Narciso, tal y como nosotros le hemos visto, era, sencillamente, una contradicción animada. Sobre el torso ceñido lucía el pobre un cuello bovino de esos que no es posible tener a los veinte. Verdad, también, que aquel chocante contraste era bien poca cosa ante el que proclamaban unas hondas patas de gallo...

Ello es que Narciso ha pasado, y que, al verle, hemos podido decir: He ahí un pobre hombre que no tiene el valor de sus cuarenta. A los cuarenta hay derecho a tener una gravedad amable y a no avergonzarse del color que comienza a alborear en las sienes. Y, sin embargo, ese hombre hace por engañarse, sin conseguir engañar a los otros. En vano hace el pobre por fingir una juventud saltarina cuando le delatan las líneas del rostro. Bien se ve que Narciso detesta cordialmente lo que dice su fe de bautismo...

Narciso... La verdad es que Narciso, por incapacidad mental, o acaso, acaso por sentir demasiado no haber llegado a ser lo que pudo haber sido, no quiere formar con los hombres maduros. Sintiéndose incapaz de tener la belleza de Homero, barbado, ciego y moralmente perfecto, recurre a la ortopedia y ensaya una actitud apolina... Y por si eso fuera poco, hasta inventa amables sofismas que nunca ha llegado a decir.

— Es que aceptar la fatalidad — ha pensado cien veces el elegante ex mancebo — es una claudicación miserable. Luchemos, resistamos, no nos dejemos vencer como cualquier hombre innoble.

De lo que se desprende que el hombre no es sincero y que, moralmente, es mejor de lo que imaginan los incomprensivos. Porque Narciso, allá en el fondo de su alma, lamenta, sinceramente, no haber conquistado el derecho a la gravedad. ¡Oh, si él hubiera hecho algo!... Entonces, Narciso no tendría inconveniente en pasear, entre dos hijas amables, una fina barba de fauno.

Narciso ha hecho una imperceptible reverencia al pasar por el escaparate; ha seguido después, rápido, ingrátido, ridículo como una figurilla de Sevres, y ha saludado después, alimbaradamente, a unas damiselas. Y ha sucedido que las niñas se han sonreído y que la suspicacia de Narciso se ha puesto, ¡ay!, a imaginar muchas cosas. Lo menos que ha pensado es que la mujer tiene una sagacidad instintiva y que aquellas niñas se han burlado de su pudor de las canas.

Después, Narciso, ha vuelto a su triste ufanía, y ha seguido calle abajo, bizarro, enguantado, ceñido; pero luciendo también un bigotito absurdo,

y unas patas de gallo, y una vaga tristeza... Y es que ese hombre ha perdido, en vano, unas horas de tocador, y hasta media hora de vagar por la calle, para que, después, la sagacidad de unas mujeres... ¡Oh, la enorme, la muda, la vergonzante tragedia de Narciso!

Por eso queremos decir que cuando le veamos pasar con su diminuto bigote, y su bastón de bola, y sus patas de gallo, no debemos incurrir en la vulgaridad de burlarnos de él. Narciso es bueno, pulcro, correcto y hasta un poco tonto. ¿Qué culpa tiene el pobre si los suyos se han ido? No; mirémosle con piedad y hagamos votos porque un milagroso desdoblamiento de su personalidad le permita, al cabo, afrontar la verdad, descuidar el entrecano bigote y dejarse llamar, sin inmutarse, el señor don Narciso.





EL RECUERDO A LOS QUE FUERON

GOUACHE DE ÁLVAREZ.



LOS FABRICANTES DE CARBÓN

Los dos hombres dejaron en tierra el cajón de cinc y se sentaron sobre él. De la meseta en que se alzaba su bungalow a la trinchera, había muy bien doscientos metros, y el cajón pesaba. Era esa la cuarta detención — y la última — pues a menos de treinta metros la trinchera alzaba su escarpa de tierra roja.

Pero el sol de mediodía pesaba también sobre la cabeza desnuda de los dos hombres. La cruda luz lavaba el paisaje en un amarillo lívido de eclipse, sin sombras ni relieves. Luz de sol meridiano, como el de Misiones, en que las camisas de los dos hombres brillaban.

De vez en cuando volvían la cabeza al camino recorrido, y la bajaban en seguida, ciegos de luz. Uno de ellos, por lo demás, ostentaba en las precoces arrugas y en las infinitas patas de gallo, el estigma del sol tropical. Al rato se incorporaron, empuñaron de nuevo la angarilla, y paso tras paso llegaron por fin. Se tiraron entonces de espalda, a pleno sol, y con el brazo se taparon la cara.

El artefacto, en efecto, pesaba, cuanto pesaban cuatro chapas galvanizadas de catorce pies, con el refuerzo de cincuenta y seis pies de hierro L y hierro T de pulgada y media. Técnica dura, ésta, pero que nuestros hombres tenían grabada hasta el fondo de la cabeza, porque el artefacto en cuestión era una caldera para fabricar carbón que ellos mismos habían construido, y la trinchera no era otra cosa que el horno de calefacción circular, obra también de su solo trabajo. Y, en final, aunque los dos hombres estaban vestidos como peones y tenían manos más duras que éstos, no eran peones.

Uno se llamaba Luis Dréver, y Marcos Rienzi, el otro. Padres ingleses e italianos, respectivamente, sin que ninguno de los dos tuviera el menor prejuicio sentimental hacia su raza de origen. Personificaban así un tipo de americano que ha espantado a Huret, con tantos otros: el hijo de europeo que se ríe de su patria heredada con tanta frescura como de la suya propia.

Pero Rienzi y Dréver, tirados de espaldas, el brazo sobre los ojos, no se reían en lo más mínimo, porque estaban hartos de trabajar desde las cinco de la mañana, y desde un mes atrás, bajo un frío de cero grado las más de las veces.

Esto era en Misiones. A las ocho, y

hasta las cuatro de la tarde, el sol tropical hacía de las suyas; pero apenas bajaba, el termómetro comenzaba a caer con él, tan velozmente que se podía seguir con los ojos el descenso del mercurio. A esa hora el país comenzaba a helarse literalmente, de modo que los treinta grados del mediodía se reducían a cuatro a las ocho de la noche, para comenzar a las cuatro de la mañana el galope descendente: —1, —2, —3. La noche anterior había bajado a —4, con la consiguiente sacudida de los conocimientos geográficos de Rienzi, que no concluía de orientarse en aquella climatología de carnaval, con la que poco tenían que ver los informes meteorológicos.

—Este es un país subtropical de calor asfixiante— decía Rienzi tirando el cortafierro y yéndose a caminar. Porque antes de salir el sol, en la penumbra glacial del campo escarchado, un trabajo a fierro vivo despelleja las manos con bastante facilidad.

Dréver y Rienzi, sin embargo, no abandonaron una sola vez su caldera en todo ese mes, salvo los días de lluvia, en que estudiaban modificaciones sobre el plano, muertos de frío. Cuando se decidieron por la destilación en vaso cerrado, sabían ya prácticamente a que atenerse respecto de los diversos sistemas a fuego directo —incluso el Schwartz. Puestos de firme en su caldera, lo único que no había variado nunca era su capacidad: 1,400 cm.³ Pero forma, ajuste, tapas, diámetro del tubo de escape, condensador, todo había sido estudiado y reestudiado cien veces. De noche, al acostarse, se repetía siempre la misma escena. Hablaban un rato en la cama de a o b, cualquier cosa que nada tenía que ver con su tarea del momento. Cesaba la conversación, porque tenían sueño. Así al menos lo creían ellos. A la hora de profundo silencio, uno levantaba la voz:

—Yo creo que diez y siete debe de ser bastante.

—Creo lo mismo— respondía en seguida el otro.

¿Diez y siete qué? Centímetros, remaches, intervalos, cualquier cosa. Pero ellos sabían perfectamente que se trataba de su caldera.

Un día, tres meses atrás, Rienzi había escrito a Dréver desde Buenos Aires, diciéndole que quería ir a Misiones. ¿Qué se podría hacer? El creía que a despecho de las aleluya nacionales sobre la industrialización del país, una pequeña industria, bien entendida, podría dar resultado, por lo menos durante la guerra. ¿Qué le parecía esto?

Dréver contestó: «Véngase, y estudiaremos el asunto carbón y alquitrán».

A lo que Rienzi repuso embarcándose para allá.

Ahora bien; la destilación a fuego de la madera es un problema interesante de resolver, pero para el cual se requiere un capital bastante mayor del que podía disponer Dréver. En verdad, el capital de éste consistía en la leña de su monte, y el recurso de sus herramientas. Con esto, cuatro chapas que le habían sobrado al armar el galpón, y la ayuda de Rienzi, se podía ensayar.

Ensayaron, pues. Como en la destilación de la madera los gases no trabajan a presión, el material aquél les bastaba. Con hierros T para la armadura y L para las bocas, montaron la caldera rectangular de 4.20 x 0.70 mts. Fué un trabajo prolijo y tenaz, pues a más de las dificultades técnicas, debieron contar con las derivadas de la escasez de material y de una que otra herramienta. El ajuste inicial, por ejemplo, fué un desastre: imposible pestañar aquellos bordes quebradizos, y poco menos que en el aire. Tuvieron, pues, que ajustarla a fuerza de remaches, a uno por centímetro, lo que da 1.680 para la sola unión longitudinal de las chapas. Y como no tenían remaches, cortaron 1.680 clavos— y algunos centenares más para la armadura.

Rienzi remachaba de afuera. Dréver, apretado dentro de la caldera, con las rodillas en el pecho, soportaba el golpe. Y los clavos, sabido es, sólo pueden ser remachados a costa de una gran paciencia, que a Dréver, allá adentro, se le escapaba con una rapidez vertiginosa. A la hora turnaban, y mientras Dréver salía acalabrado, incorporándose a sacudidas, Rienzi entraba a poner su paciencia a prueba con las corridas de martillo por el contragolpe.

Tal fué su trabajo. Pero el empeño en hacer lo que querían fué asimismo tan serio, que los dos hombres no dejaron pasar un día sin machucarse las uñas. Con las modificaciones sabidas los días de lluvia, y los inevitables comentarios a medianoche.

No tuvieron en ese mes otra diversión — esto desde el punto de vista urbano — que entrar los domingos de mañana en el monte a punta de machete. Dréver, hecho a aquella vida, tenía la muñeca bastante sólida para no cortar sino lo que quería; pero cuando Rienzi era quien abría monte, su compañero tenía buen cuidado de mantenerse atrás a cuatro o cinco metros. Y no que el puño de Rienzi fuera malo; pero el machete es cosa de un largo aprendizaje.

Luego, como distracción diaria, tenían la que les proporcionaba su ayudante, la hija de Dréver. Era una rubia de cinco años, sin madre, porque Dréver había enviudado a los tres años de estar allá. El la había criado solo, con una paciencia infinitamente mayor que la que le exigían los remaches de la caldera. Dréver no tenía el carácter manso, y era difícil de manejar. De dónde aquel hombrón había sacado la ternura y la paciencia necesarias

para criar solo y hacerse adorar de su hija, no lo sé; pero lo cierto es que cuando caminaban juntos al crepúsculo, se oían diálogos como éste:

—¡Piapiá!

—Mi vida.

—¿Va a estar pronto pronta tu caldera?

—Sí, mi vida.

—¿Y vas a destilar toda la leña del monte?

—No; vamos a ensayar, solamente.

—¿Y vas a ganar platita?

—No creo, chiquita.

—¡Pobre piapiacito querido! No podés nunca ganar mucha plata.

—Así es.

—Pero vas a hacer un ensayo lindo, piapiá. ¡Lindo como vos, piapiacito querido!

—Sí, mi amor.

—¡Yo te quiero mucho, mucho, piapiá!

—Sí, mi vida...

Y el brazo de Dréver bajaba por sobre el hombro de su hija, y la criatura besaba la mano dura y quebrada de su padre, tan grande que le ocupaba todo el pecho.

Rienzi tampoco era pródigo de palabras; y como ambos usaban barba, fácilmente podía considerarse tipos inabordables. Mas la chica de Dréver conocía un poco a aquella clase de gentes, y se reía a carcajadas del terrible ceño de Rienzi, cada vez que éste trataba de imponerle así tregua a las diarias exigencias de su ayudante: vueltas de carnero en la gramilla; carreras a babucha; hamaca, trampolín, sube y baja, alambre carril — sin contar uno que otro jarro de agua a la cara de su amigo cuando éste a mediodía se tiraba al sol sobre el pasto.

Dréver oía un juramento e inquiría la causa.

—¡Es la maldita viejita! No se le ocurre sino...

Pero ante la —bien que remota— probabilidad de una injusticia propia o del padre, Rienzi se apresuraba a hacer las paces con la chica, la cual festejaba en cuclillas la cara lavada como una botella de Rienzi.

Su padre jugaba menos con ella; pero seguía con los ojos el pesado galope de su amigo alrededor de la meseta, cargado con la chica en los hombros.

Era un terceto muy curioso, el de los dos hombres de grandes zancadas, y su ayudante de cinco años, que iban, venían y volvían a ir de la meseta al horno. Porque la chica, constantemente al lado de su padre, conocía una por una las herramientas, y sabía qué presión más o menos se necesita para partir diez cocos juntos, y a qué olor se le puede llamar con propiedad de piroleñoso. Sabía leer, y escribía todo con mayúsculas.

Aquellos doscientos metros del bungalow al monte fueron recorridos a cada momento mientras se construyó el horno. Con paso fuerte de madrugada, o tardo a mediodía, iban y venían como hormigas por el mismo sendero con las mismas sinuosidades, y la misma curva para evitar el florecimiento de arenisca negra a flor de pasto.

Si la elección del sistema de calefacción les había costado, su ejecución sobrepasó con mucho lo concebido. «Una cosa es en el papel, y otra en el terreno» — decía Rienzi con las manos en los bolsillos, cada vez que un laborioso cálculo sobre volumen de gases, toma de aire, superficie de la parrilla, cámaras de tiro, se les iba al diablo por la pobreza del material.

Desde luego, se les había ocurrido la cosa más arriesgada que quepa en asuntos de ese orden: calefacción en espiral para una caldera horizontal. ¿Por qué? Tenían ellos sus razones, y dejémoslas. Mas lo cierto es que cuando encendieron por primera vez el horno, y acto continuo el humo escapó de la chimenea después de haberse visto forzado a descender cuatro veces bajo la caldera, — al ver esto los dos hombres se sentaron a fumar sin decir nada, mirando aquello con aire más bien distraído, — el aire de un hombre de carácter que ve el éxito de un duro trabajo en el que puso toda su fuerza.

¡Ya estaba, por fin! Las instalaciones accesorias — condensador de alquitrán y quemador de gases — eran un juego de niños. La condensación se dispuso en ocho bordalesas, pues no tenían agua; y los gases fueron enviados directamente al hogar. Con lo que la chica de Dréver tuvo ocasión de maravillarse de aquel grueso chorro de fuego que salía de la caldera donde no había fuego.

— ¡Qué lindo, piapiá! — exclamaba, inmóvil de sorpresa. Y con los besos de siempre a la mano de su padre:

— ¡Cuántas cosas sabes hacer, piapiacito querido!

Tras lo cual entraban en el monte a comer naranjas.

Entre las pocas cosas que Dréver tenía en este mundo — fuera de su hija, claro está — la de mayor valor era su naranjal, que no le daba renta alguna, pero que era un encanto de ver. Plantación original de los jesuitas, hace doscientos años, el naranjal había sido invadido y sobrepasado por el bosque, en cuyo *sous-bois*, digamos, los naranjos continuaban enervando el monte de perfume de azahar, que al crepúsculo llegaba hasta los senderos del campo. Los naranjos de Misiones no han conocido jamás enfermedad alguna. Costaría trabajo encontrar una naranja con una sola peca. Y como riqueza de sabor y hermosura, aquella fruta no tiene rival.

De los tres visitantes, Rienzi era el más goloso. Comía fácilmente diez o doce naranjas, y cuando volvía a casa, llevaba siempre una bolsa cargada al hombro. Es fama allá que una helada favorece a la fruta. En aquellos momentos, a fines de junio, eran ya un almíbar; lo cual reconciliaba un tanto a Rienzi con el frío.

Este frío de Misiones, que no esperaba y del cual no había oído hablar en Buenos Aires, molestó las primeras hornadas de carbón, ocasionándoles un gasto extraordinario de combustible.

En efecto: por razones de organización encendían el horno a las cuatro o cinco de la tarde. Y como el tiempo para una completa carbonización de la madera no baja normalmente de ocho horas, debían alimentar el fuego hasta las doce o la una de la mañana, hundidos en el foso ante la puerta del hogar, mientras a sus espaldas caía una mansa helada. Si la calefacción sufría, la condensación se efectuaba a las mil maravillas en el aire de hielo, que les permitió obtener en el primer ensayo un 2 % de alquitrán, lo que era muy halagüeño dadas las circunstancias.

Uno u otro debía vigilar constantemente la marcha, pues el peón acci-

dental que les cortaba la leña, persistía en no entender aquel modo de hacer carbón. Observaba atentamente las diversas partes de la fábrica, pero sacudía la cabeza a la menor insinuación de encargarle el fuego. Era un mestizo de indio, un muchacho flaco, de raro bigote y siete hijos, que jamás contestaba de inmediato la más fácil pregunta, sin consultar un rato el cielo, silbando vagamente. Después respondía: «Puede ser». En balde le habían dicho que diera fuego sin inquietarse hasta que la tapa opuesta chispeará al ser tocada con el dedo mojado; se reía con ganas, pero no aceptaba. Por lo cual el va y ven de la meseta al monte proseguía de noche, mientras la chica de Dréver se entretenía tras los vidrios en conocer a su padre o a Rienzi cuando saltaban del foso afuera.

Alguna vez, algún turista que pasó de noche hacia el puerto a tomar el vapor que lo llevaría al Iguazú, debió extrañarse un poco de aquel resplandor que salía de bajo tierra, entre el humo y el vapor de los esca-

Fuera de que con una temperatura de 0 grado, las más de las veces, no era posible cálculo alguno.

Ese invierno fué en extremo riguroso, y no sólo en Misiones. Pero desde fines de junio las cosas tomaron un cariz extraordinario, que el país sufrió hasta las raíces de su vida subtropical.

En efecto, tras cuatro días de pesadez y amenaza de gruesa tormenta, resuelta en llovizna de hielo y cielo claro al sur, el tiempo se serenó. Comenzó el frío, calmo y agudo, apenas sensible a mediodía, pero que a las cuatro mordía ya las orejas. El país pasaba sin transición de las madrugadas blancas al esplendor casi mareante de un mediodía invernal en Misiones, para helarse en la obscuridad a las primeras horas de la noche.

La primera mañana de esas, Rienzi, helado de frío, salió a caminar y volvió al rato tan helado como antes.



pes: mucho de solfatar y un tanto de infierno, que iba a herir directamente la imaginación del peón indio.

La atención de éste, en cambio, era solicitada por la elección del combustible. Cuando descubría en su sector un buen «palo noble para el fuego», lo llevaba en su carretilla hasta el horno, impasible como si ignorara el tesoro que conducía. Y ante el halago de los foguistas, volvía indiferente la cabeza a otro lado — para sonreírse a gusto, según decir de Rienzi.

Los dos hombres se encontraron así un día con tal stock de esencias muy combustibles, que debieron disminuir en el hogar la toma de aire, el que entraba ahora silbando, y vibraba bajo la parrilla.

Entretanto, el rendimiento de alquitrán aumentaba. Anotaban los porcentajes en carbón, alquitrán y piroleñoso de las esencias más aptas, aunque todo grosso modo. Pero lo que, en cambio, anotaron muy bien fueron los inconvenientes — uno por uno — de la calefacción circular para una caldera horizontal; en esto podían reconocerse maestros. El gasto de combustible poco les interesaba.

Miró el termómetro y habló a Dréver que se levantaba.

— ¿Sabe qué temperatura tenemos? Seis grados bajo cero.

— Es la primera vez que pasa esto — repuso Dréver.

— Así es — asintió Rienzi. — Todas las cosas que noto aquí pasan por la primera vez.

Se refería a algún encuentro con una víbora en pleno invierno, y donde menos lo esperaba.

La mañana siguiente hubo siete bajo cero. Dréver llegó a dudar de su termómetro, y montó a caballo a verificar la temperatura en casa de dos amigos, uno de los cuales atendía una pequeña estación oficial. No había duda: eran efectivamente ocho y nueve bajo cero. La diferencia con su registro provenía de que estando la meseta de Dréver muy alta sobre el río y abierta al viento, tenía siempre dos grados menos en invierno, y dos más en verano, claro está.

— No se ha visto jamás cosa igual — dijo Dréver de vuelta, desensillando el caballo.

— Así es — dijo Rienzi. Mientras aclaraba, al día siguiente

te, llegó al bungalow un muchacho con una carta del amigo que atendía la estación meteorológica. Decía así:

«Hágame el favor de registrar hoy la temperatura de su termómetro al salir el sol. Anteayer comuniqué la observada aquí, y anoche he recibido un pedido de Buenos Aires de que rectifique en forma la temperatura comunicada. Allí se ríen de los nueve grados bajo cero. ¿Cuánto tiene usted ahora?»

Dréver esperó la salida del sol, y anotó en la respuesta: «27 de junio: 9 grados bajo cero».

El amigo telegrafió entonces a la oficina central de Buenos Aires: «27 de junio: once grados bajo cero».

Rienzi vio algo del efecto que puede tener tal temperatura sobre una vegetación casi de trópico; pero le estaba reservado para más adelante constatarlo de pleno. Entretanto, su atención y la de Dréver se vieron duramente solicitadas por la enfermedad de la hija de éste.

Desde una semana atrás la chica no estaba bien. (Esto, claro está, lo notó Dréver después, y fué uno de los entretenimientos de sus largos silencios). Un poco de desgano, mucha sed, y los ojos levemente irritados cuando corría.

Una tarde, después de almorzar, cuando Dréver salía afuera encontró a su hija acostada en el suelo, en actitud de fatiga. Tenía 39° de fiebre. Rienzi llegó un momento después, y la halló en la cama, las mejillas abrasadas y la boca abierta.

— ¿Qué tiene? — preguntó extrañado a Dréver.

— No sé... 39° y pico.

Rienzi se dobló sobre la cama.

— ¡Hola, viejita! Parece que no tenemos alambre carril, hoy.

Era característica de la criatura, cuando tenía fiebre, cerrarse a toda pregunta sin objeto y responder con monosílabos secos, en que se transparentaba a la legua el padre.

Esa tarde Rienzi se ocupó de la caldera, pero volvía de rato en rato a ver a su ayudante, que en aquel momento ocupaba un rincóncito rubio en la cama de su padre.

A las tres, la chica tenía 39.5, y 40 a las seis. Dréver había hecho lo que se debe hacer en esos casos, incluso el baño.

Ahora bien: bañar, cuidar y atender a una criatura de cinco años en una casa de tablas peor ajustada que una caldera, con un frío de hielo y por dos hom-

bres de manos encallecidas, no es tarea fácil. Hay cuestiones de camisas, ropas minúsculas, bebidas a horas fijas, detalles que están por encima de las fuerzas de un hombre. Los dos hombres, sin embargo, con los duros brazos arremangados, bañaron a la criatura y la secaron. Hubo, desde luego, que calentar el ambiente con alcohol; y en lo sucesivo, que cambiar los paños de agua fría en la cabeza. La pequeña había condescendido a sonreírse mientras Rienzi le secaba los pies, lo que pareció a éste de buen augurio. Pero Dréver temía un golpe de fiebre pernicioso, que en temperamentos vivos no se sabe nunca a dónde pueden llegar.

A las siete la temperatura subió a 40.8, para descender a 39 en el resto de la noche y montar de nuevo a 40.3 a la mañana siguiente.

— ¡Bah! — decía Rienzi con el gesto por lo menos desprecupado. — La viejita es fuerte, y no es esta fiebre la que la va a tumbar.

Y se iba a la caldera silbando, porque no era cosa de ponerse a pensar estupideces.

Dréver no decía nada. Caminabamudo de un lado para otro en el comedor, y sólo se interrumpía para entrar a ver a su hija. La chica, devorada de fiebre, persistía en responder con monosílabos secos a su padre.

—¿Cómo te sientes, chiquita?

—Bien.

—¿No tienes calor? ¿Quieres que te retire un poco la colcha?

—No.

—¿Quieres agua?

—No.

Y todo sin dignarse volver los ojos.

Durante seis días Dréver durmió un par de horas de mañana (todo lo que podía tener de continuo su sueño), mientras Rienzi lo hacía de noche. Pero cuando la fiebre se mantenía amenazante, Rienzi veía la silueta del padre detenido inmóvil al lado de la cama, y se encontraba a la vez sin sueño. Se levantaba y preparaba café, que los dos hombres tomaban en el comedor. Instábanse mutuamente a descansar un rato, con un mudo encogimiento de hombros por común respuesta. Tras lo cual uno se ponía a recorrer por centésima vez el título de los libros, mientras el otro hacía obstinadamente cigarros en un rincón de la mesa. Y los baños siempre, la calefacción, los paños fríos, la quinina. La chica se dormía a veces con una mano de su padre entre la suya, y apenas éste intentaba retirarla, la criatura lo sentía y apretaba los dedos. Con lo cual Dréver se quedaba sentado inmóvil en la cama por un buen rato; y como no tenía nada que hacer, miraba sin cesar la pobre carita extenuada de su hija.

Luego, delirio de vez en cuando, con súbitos incorporamientos sobre los brazos. Dréver la tranquilizaba, pero la chica rechazaba su contacto, volviéndose al otro lado. El padre recomenzaba entonces su paseo, e iba a tomar el eterno café de Rienzi.

—¿Qué tal? — preguntaba éste.

—Ahí va — respondía Dréver.

A veces, cuando estaba despierta, Rienzi se acercaba esforzándose en levantar la moral de todos, con bromas a la viejita que se hacía la enferma y no tenía nada. Pero la chica, aun reconociéndolo, lo miraba seria, con una hosca fijeza de gran fiebre.

La quinta tarde Rienzi la pasó en el horno trabajando y silbando sin cesar, lo que era un buen derivativo. Dréver lo llamó por un rato y fué a su vez a alimentar el fuego, echando automáticamente leña tras leña en el hogar.

Esa madrugada la fiebre bajó más que de costumbre, bajó más a mediodía, y a las dos de la tarde la criatura estaba con los ojos cerrados, inmóvil, a excepción de un rictus intermitente del labio, y de pequeñas conmociones que le salpicaban el rostro. Estaba helada; tenía sólo 35.

—Una anemia cerebral fulminante, casi seguro — respondió Dréver a una mirada interrogante de su amigo. — Tengo suerte...

Durante tres horas la chica continuó de espaldas con sus muecas cerebrales, rodeada y quemada por ocho botellas de agua hirviendo. Durante esas tres horas Rienzi caminó muy despacio, mirando con el ceño fruncido la figura del padre sentado en la cama. Y en esas tres horas, Dréver se dio cuenta precisa del inmenso lugar que ocupaba en su corazón aquella pobre cosita que le había quedado, y que iba a llevar al día

siguiente al lado de su madre.

A las cinco, Rienzi, en el comedor, oyó que Dréver se incorporaba; y con el ceño más contraído aún entró en el cuarto. Pero desde la puerta distinguió el brillo de la frente de la chica, perlada de sudor.

—Por fin...

—dijo Rienzi con la garganta estúpidamente apretada.

—Sí, por fin

—murmuró Dréver. Y la chica continuaba literalmente bañada en sudor — salvada. Cuando abrió al rato los ojos, buscó a su padre; y al verlo, tendió los dedos hacia la boca de él. Rienzi se dobló entonces:

—¿Y?... ¿Cómo vamos, madamita?

La chica volvió los ojos a su amigo, pesada aun.

—¿Me conoces bien, ahora? ¿A qué no?

—Sí...

—¿Quién soy?

La criatura sonrió.

—Rienzi.

—¡Muy bien! Así me gusta... No, no. Ahora a dormir...

Salieron a la meseta, por fin.

—¡Qué viejita! — decía Rienzi, haciendo largas rayas en la arena con una vara. Dréver — seis días de tensión nerviosa con las tres horas finales, son demasiado para un padre solo — se sentó en el sube y baja y echó la cabeza sobre los brazos. Y Rienzi se fué al otro lado del bungalow, porque los hombros de su amigo se sacudían.

La convalecencia comenzaba a escape desde aquel momento. Entre taza y taza de café de aquellas largas noches, Rienzi había meditado que mientras no cambiaran los dos primeros vasos de condensación, obtendrían siempre más brea de la necesaria. Resolvió, pues, utilizar dos grandes bordalesas en que Dréver había preparado su vino de naranja, y con ayuda del peón dejó todo listo al anochecer. Encendió el fuego, y después de confiarlo al cuidado de aquél, volvió a la meseta, donde tras los vidrios del comedor, los dos hombres miraron con singular placer el humo rojizo que tornaba a montar en paz.

Conversaban a las doce, cuando el indio vino a anunciarles que el fuego salía por otra parte; que se había hundido el horno. A ambos vino instantáneamente la misma idea.

—¿Abrieste la toma de aire? — le preguntó Dréver.

—Abrí — repuso el otro.

—¿Qué leña pusiste?

—La carga que estaba allaité...



—¿Lapacho?

—Sí.

Rienzi y Dréver se miraron entonces, y salieron con el peón.

La cosa era bien clara: La parte superior del horno estaba cerrada con dos chapas de cinc sobre traviesas de hierro L, y como capa aisladora había colocado enci-

ma cinco centímetros de arena. En la primera sección de tiro, que las llamas lamian, habían resguardado el metal con una capa de arcilla sobre tejido de alambre; arcilla armada, digamos. Todo había ido bien mientras Rienzi o Dréver vigilaban el hogar. Pero el peón, para apresurar la calefacción en beneficio de sus patrones, había abierto toda la puerta del cenicero, precisamente cuando sostenía el fuego con lapacho. Y como el lapacho es a la llama lo que la nafta a un fósforo, la altísima temperatura desarrollada había barrido con arcilla, tejido de alambre y la chapa misma, por cuyo boquete la llamarada ascendía apretada y rugiendo.

Es lo que vieron los dos hombres al llegar allá. Retiraron la leña del hogar, y la llama cesó; pero el boquete quedaba vibrando al rojo blanco, y la arena caída sobre la caldera enneguecía al ser revuelta.

Nada más había que hacer. Volvieron a la meseta, y en el camino Dréver dijo:

—Pensar que con cincuenta pesos más hubiéramos hecho un horno en forma...

—¡Bah! — repuso Rienzi al rato.

—Hemos hecho lo que debíamos hacer. Con una cosa concluida no nos hubiéramos podido dar cuenta de una porción de cosas.

Y tras una pausa:

—Y tal vez hubiéramos hecho algo un poco «pour la galerie»...

—Puede ser — repuso Dréver.

La noche era muy suave, demasiado, quedaron un largo rato sentados fumando en el dintel del comedor.

Demasiado suave, la temperatura. El tiempo descargó, y durante tres días y tres noches llovió con temporal del sur, que tuvo a los dos hombres bloqueados en el bungalow oscilante. Dréver aprovechó el tiempo concluyendo un ensayo sobre creolina, cuyo poder hormiguicida y parasitida era por lo menos tan fuerte como el de la creolina a base de alquitrán de hulla. Rienzi, desganado, pasaba el día yendo de una puerta a otra a mirar el cielo.

Hasta que la tercer noche, mientras Dréver estaba en el comedor jugando con la chica en las rodillas, Rienzi se levantó con la mano en los bolsillos y dijo:

—Yo me voy a ir.

Ya hemos hecho aquí lo que podíamos. Si llega a encontrar unos pesos para trabajar en eso, avísame y le puedo conseguir en Buenos Aires lo que necesite. Allá abajo, en el ojo de agua, se pueden montar tres cal-

deras... Sin agua es imposible hacer nada. Escribame, cuando consiga eso, y vengo a ayudarlo. Por lo menos — concluyó después de un momento — podemos tener el gusto de creer que no hay en el país muchos tipos que sepan lo que nosotros sobre carbón.

—Creo lo mismo — apoyó Dréver sin dejar de jugar con su hija.

Cinco días después, con un mediodía radiante y el sulky pronto en el portón, los dos hombres y su ayudante fueron a echar una última mirada a su obra, a la cual no se habían aproximado más. El peón retiró la tapa del horno, y, como una crisálida quemada dentro de aquella tumba de tierra cocida, arrugada, deformada, abollada, torcida, apareció la caldera en su envoltura de alambre tejido y arcilla gris. Las chapas retiradas, tenían alrededor del boquete abierto por la llama, un espesor considerable por la oxidación del fuego, y se descascaraban en escamas friables al menor contacto. Motivo por el cual la chica de Dréver se llenó de aquéllas el bolsillo del delantal.

Desde allí mismo, por toda la vera del monte inmediato y el circundante hasta la lejanía, Rienzi pudo apreciar el efecto de un frío de 9º sobre una vegetación tropical de hojas lustrosas y tibias. Vió los bananos podridos en pulpa chocolate, hundidos dentro de sí mismos como en una funda. Vió plantas de yerba de doce años — un grueso árbol, en fin — quemadas para siempre hasta la raíz por el fuego blanco. Y en el naranjal, donde entraron para una última colecta, Rienzi buscó en vano en lo alto el reflejo de oro habitual, porque el suelo estaba totalmente amarillo de naranjas, que el día de la gran helada habían caído todas al salir el sol, con un sordo tronar que llenaba el monte.

Asimismo, Rienzi pudo llenar su bolsa, y como la hora apremiaba se dirigieron al puerto. La chica hizo el trayecto en las rodillas de Rienzi, con quien alimentaba un larguísimo diálogo.

El vaporcito salía ya. Los dos amigos, uno enfrente de otro, se miraron sonriendo.

—A bientôt — dijo uno.

—Ciao — respondió el otro.

Pero la despedida de Rienzi y la chica fué bastante más expresiva. Cuando ya el vaporcito viraba aguas abajo, ella le gritó aún:

—¡Rienzi! ¡Rienzi!

—Qué, viejita — se alcanzó a oír.

—¡Volvé pronto!

Dréver y la chica quedaron en la playa hasta que el vapor se ocultó tras el macizo del Teyucará. Y cuando subían lentos la barranca, Dréver callado, su hija le tendió los brazos para que la alzara:

—Se te quemó la caldera, pobre piapiá!... Pero no estés triste... ¡Vas a inventar muchas cosas más, ingenierito de mi vida!

HORACIO QUIROGA.

DIBUJOS DE ZAVATTARO.



PREMIADO EN EL SALÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES.

PRESENTACIÓN
ÓLEO DE V. THIBÓN DE LIBIÁN.



EZEQUIEL
MARTINEZ
ESTRADA

Ganupta, el hijo del destino

Dibujo de
BOSSCO

I

Eraútha, que era pastor, una mañana cristalina y fresca en los campos serenos, contempló el remoto pueblo de Srinagar iluminado de rosa.

Triste de soledad, su alma se notó pequeña y atraída dulcemente por un influjo impreciso y benigno.

Divisó, entonces, el pueblo de Srinagar en la mañana, y resolvió partir hacia otras tierras, sin designio alguno, como la brizna de hierba en el arroyo.

Dió las ovejas a un viejo pastor empobrecido, y echó a andar por las orillas del Jhelum, con su báculo.

Después de alguna marcha miró por última vez los campos claros y frescos, las ovejas que le observaban ir, y el anciano pastor que movía los brazos en el aire.

Y su corazón se floreció de amargura, como un ramo de ajeno.

Ahrezadda era joven hermosa, en Pamir.

Un heroico guerrero la desposaría en tiempos de la primera luna, y las gentes vecinas decían de ella: «Como un lucero suave en la noche, es Ahrezadda»; y de él: «Como un sol que vence en todos los reinos, así es, como un sol, Acterlandhar».

Una mañana despertó Ahrezadda sonriendo. Su dulce espíritu femenino en la nueva luz hizo ablución de júbilo.

Vió el Himalaya, y escuchó la canción de los pastores en la lejanía.

Luego, pensó en Acterlandhar y en los tiempos de la primera luna.

Y su corazón se volvió triste con la canción de los pastores.

II

Muchas noches hacía que Eraútha peregrinaba sin designio alguno, como la brizna de hierba en el arroyo.

Fatigado y sin saber hacia qué parte proseguir, se detuvo donde las sendas formaban cruz.

Alzó la vista y vió las blancas cimas de Nanga Parbat, en la montaña sombría.

Eraútha estaba en la noche, temeroso de sí, oyendo silbar las víboras y cantar el nocturno pájaro de las selvas.

Después dirigió su mirada hacia las estrellas y hacia la luna nueva, enorme en los cielos, como la hoja de una hoz de oro candente, y lloró sin saber el motivo.

Acterlandhar y Ahrezadda, los nuevos esposos, paseaban por el jardín aromado, en Pamir, ciudad de tierra sacra.

El guerrero hablaba de una próxima guerra, y de su felicidad actual.

Ahrezadda dijo: «Mira qué hermosa está la luna».

La luna estaba en los cielos sin lindes, como la hoja sangrienta de una hoz.

Ahrezadda se puso triste, sin saber el motivo.

Y Acterlandhar se estremeció.

III

Eraútha, recién llegado a la plaza de Pamir, sentóse en una roca, frente a la fontana de aguas alegres.

Algunos hombres decían: «Ahí llega la hermosa Ahrezadda, esposa de Acterlandhar, a quien la guerra llevó a otro país».

Y algunas mujeres: «Esa es la triste Ahrezadda, cuya felicidad fué breve».

Ahrezadda pasaba y se detuvo ante Eraútha. Ambos se miraron como dos antiguos amigos que no se reconocieran. Porque nunca, hasta esa tarde, se habían visto.



La hermosa triste siguió su camino sin saber qué decir.

Y el peregrino que fué pastor, tímido y silencioso, la vió alejarse como a la faz buena de su espíritu.

IV

Acterlandhar no regresó jamás a Pamir, porque le mataron sus enemigos.

Eraútha recorrió innumerables pueblos, en diferentes reinos.

En los largos caminos por donde le conducía su esperanza, padeció sed, hambre, temor, y la tristeza de andar solo y errante.

Pensaba siempre en la mujer desconocida que finalizaría la angustia de ese itinerario sin término, y que le diera un poco de paz, como un tiempo la tuvo en los campos de Srinagar, pero más serenada y satisfecha.

Entonces recordaba a la mujer triste que en Pamir habló tan cerca a su corazón, cuando él no supo qué decirle.

Así recorrió innumerables pueblos, en diferentes reinos, y el cabello y la barba se le nevaron de tiempo y de amargura.

V

Anciano ya, volvió a Pamir, la ciudad más agradable de cuantas pudo ver.

Ahrezadda no vivía a su regreso, pero sí Ga-

nupta, hijo que tuvo del guerrero Acterlandhar, carnalmente.

Eraútha volvió a Pamir y, sentándose en una roca, frente a la fontana de aguas alegres, vió desfilar mujeres, niños y hombres desconocidos.

Pero al joven Ganupta, concebido en tiempos de su anterior visita, no le vió.

VI

Resuelto a contemplar por última vez los campos de Srinagar, donde fuera pastor en años remotos, Eraútha continuó su camino hacia el río Jhelum, que le guiara cuando su partida.

Y, andando, andando, de pronto se detuvo para dar su adiós a Pamir, la ciudad de sus pobres sueños.

Y vió que hacia él venía un joven.

Era Ganupta, hijo de Acterlandhar, concebido por Ahrezadda en tiempos en que Eraútha la vió pasar sin saber qué decir.

Llegóse el joven hasta el anciano peregrino, y éste le recibió con alegría.

Tomó la cabeza de Ganupta entre sus manos pálidas, y le miró profunda y silenciosamente en los ojos.

Profunda y silenciosamente miró en los ojos al joven tímido, y acercó hasta la esencia de su alma su espíritu cansado.

Ganupta sonrió, entonces, y dijo: «Sí; yo soy».



LA SILLA DE VIAJE.

Lo que voy a referir, aunque parezca inverosímil es cierto, es cierto y es cierto. Lo afirmo así, de un modo tan rotundo, porque puedo probarlo, y si es preciso presentaré testimonios de calidad, citaré nombres propios de gente bien que no tendrá inconveniente en confirmar cuanto aquí digo. Hago esta advertencia porque, si alguien está dispuesto a tomarlo para la chacota, le aconsejo que lo deje no más... y siga viaje.

Hace algunos años, al tomar el vapor en que había de regresar a Buenos Aires, tropecé a bordo con un extraño aparato que llamó poderosamente mi atención al mismo tiempo que estorbaba el paso a todos los pasajeros. Acomodé mi equipaje, tomé posesión del camarote, y ya en traje de circunstancias, con tiempo disponible para todo, resolví estudiar detenidamente aquel artefacto cuya utilidad desconocía y que empezaba a preocuparme. Otros ya se me habían anticipado. Eramos, pues, varios los que, con las manos en los bolsillos, mudos, cautelosos, íbamos lentamente, paso a paso, dando vueltas alrededor de aquel extraño y complicado aparato, contemplándolo, escudriñándolo en detalle y en conjunto, tratando en vano de inquirir su aplicación.

Las líneas generales de aquello tomaban la forma de una pirámide truncada. Sus lados, una serie inacabable de varillas de hierro verticales, horizontales, oblicuas; poleas, palancas, manivelas y *tutti quanti*. En la parte superior, dividiendo el aparato en dos partes iguales y colgando de otra serie de varillas, ganchos, cadenas y roldanas, una lona rayada y fuerte, en forma ondulada de montaña rusa, avanzaba hacia adelante como para recibir una víctima. Esta parte estaba en constante movimiento, contrario siempre al balanceo del buque.

En la parte posterior de la base, dos arcos de hierro de bordes dentados surgiendo hacia adelante mordían una rueda que se comunicaba con otra de manubrio, por medio de una cadena de bicicleta.

Todo el herraje, pintado de negro, le daba un aspecto tétrico, antipático. Tenía algo de torre de telegrafía sin hilos, o la de los pozos de extraer petróleo; de guinche, de sillón de dentista o de silla para la electrocución.

Bien se me alcanza que esta descripción no puede dar idea muy exacta de tal mecanismo — cosa, por lo demás, bastante difícil — pero confiando en la habilidad del dibujante, a quien daré más pormenores, el lector quizá pueda acercarse un poco a la realidad de lo que en vano me esfuerzo en describir.

No pudiendo contener mi curiosidad por más tiempo, pregunté a uno de los oficiales de a bordo que, a su vez, observaba nuestros movimientos.

—Perdone, oficial: ¿puede decirme que es esto?

—Una silla de viaje contra el mareo.
—Y... ¿vive el propietario?...
—Vive; está en su camarote, mareado desde que pisó el barco.

Me dí a pensar sobre la poca eficacia del aparato o de que quizá al dueño no le habría dado tiempo para probarlo.

—¿Y puede aclararme, oficial — y perdóname — en dónde está el remedio?

—No estoy muy seguro, pero tengo entendido que en la verticalidad.

No insistí por no parecer pesado, pero no estando satisfecho, volví de nuevo a la ob-

servación. Aquello empezó a interesarme fuertemente.

Aquí está la verticalidad, — me dije contemplando la parte móvil del aparato, — luego aquí está el secreto, es decir, uno de los secretos. Me quedaba por averiguar el resto. Me armé de paciencia y esperé. Aquella noche, al acostarme en mi litera y sufrir las molestias del balanceo, mi imaginación voló en busca del maravilloso mecanismo y tuve que reprimir los imprudentes deseos que a cada instante sentía de salir a probarlo.

¡Quién sabe, quién sabe! — me decía a la mañana siguiente mientras me levantaba — se inventan tantas cosas que es probable se haya encontrado por fin el remedio del molestísimo mal de mar. Y me dispuse a salir a cubierta.

Allí estaba la silla-torre, como la dejé, erguida, vanidosa, imponente, mayestática. Me acerqué a verla de nuevo; aún no la ocupaba nadie.

Empecé mis paseos recorriendo a grandes pasos la cubierta del buque. En una de las vueltas ví que dos camareros colocaban con gran esfuerzo un bulto en la lona de la silla; y desde lejos me pareció ver a un pobre ajusticiado subiendo al patíbulo. Dieron en seguida varias vueltas a la rueda de manubrio y el cuerpo aquel se elevó quedando suspendido en dulce balanceo a poco más de un metro del suelo. Entonces me acerqué sigilosamente y pude contemplar a un pobre señor, delgado, de perfil parecido al aviso del 43, que recogido en gatillo reposaba sobre la lona móvil, cubierto el cuerpo con una manta de viaje. Debí sentir mi presencia, porque descorriendo los párpados como persianas de escritorio americano, me miró fijamente con sus ojos abultados y tristes.

—¿Cómo vamos, compañero? — le pregunté tanteando para entrar en materia. Y en seguida agregué: — Con ese aparatito poco sentirá el mareo, ¿eh?

—Es pronto para conocer los efectos — me replicó con voz de angustia — pero le tengo fe.

No hay que perderla; verá en cuanto pasemos el Ecuador como siente alivio.

El hombre no sé si por cortar la conversación o porque se sentía molesto, se estiró haciendo un visible esfuerzo. La lona dió de sí quedando plana un momento; pero poco después plegóse de un golpe con chirrido de flejes, obligando a su víctima a meter de nuevo la barba en las rodillas.

La humedad del mar ha encogido la tela y no marcha como debiera, me dijo fatigado por el esfuerzo. A más, esta máquina tiene poco aceite.

—¿Como ahora está tan caro! — agregué para hacerme simpático. Veo, en Buenos Aires, no encuentra una lata de dos kilos por menos de cinco pesos. ¡Es un escándalo!

—A usted le interesa mi silla, ¿verdad? — dijo procurando estirarse, de nuevo, sin conseguirlo.

—Lo que me interesa es su salud; su silla, la verdad, no la entiendo del todo.

—Es un modelo, obra de un gran mecánico. Se hizo para mí, tratando de evitarme lo mucho que sufro con el mareo. En tierra la probé y me dió un gran resultado; ahora, veremos. Y trató otra vez en vano de estirar las piernas.

Porque no se enfriara el diálogo, le dije: — Este aparato es empírico.

—No; es catalán: Lo construyó un mecánico del Paralelo que compone timbres eléc-

tricos, y me convenció de su eficacia. Vea, me dijo resignado en su posición de número 4, vea: matemáticamente estoy colocado en el extremo del radio que me corresponde y que parte del centro de atracción de la Tierra; por el movimiento del buque los demás objetos cambian de lugar, yo no; permanezco siempre en el extremo de mi radio. Racionalmente, pues, no puedo marearme porque estoy inmóvil.

—«E pur si muove», agregué, viendo que daba un testarazo contra el emparrillado de la derecha.

—No crea; es un fenómeno de óptica, como el del tren; el que se mueve es usted, dijo mientras chocaba en el lado opuesto. — Yo soy el punto muerto.

—¡Hombre, no tanto! No sea usted tan pesimista.

Vea, compañero; lo que todavía no ha podido conseguir mi mecánico es dejar el aparato suspendido en el aire mientras el buque desciende, para tomarlo de nuevo a la subida; es decir, que no ha resuelto el ascenso y descenso; pero a excepción de esos dos movimientos los demás están anulados para mí. Ustedes tienen que sufrir los de babor a estribor, los de proa a popa y los de trepidación; yo no.

—¿Por qué no pide que se los rebajen del pasaje? — iba a decirle, pero me contuve.

En ese momento creí que a mi buen compañero le daba algo. Hizo un gesto de angustia, buscó con la mano derecha no sé qué cosa, y a poco sentí con sorpresa la bocina de un automóvil, que el armazón ocultaba no sé dónde. Me eché a un lado rápidamente creyendo que me atropellaba, pero me tranquilizó el enfermo diciéndome débilmente:

—No puedo más; llamo a mi sirviente para que me lleven a mi camarote.

Se lo llevaron como un fardo, y quedé entre un grupo de pasajeros comentando el incidente ante aquella maquinaria estúpida, irritante en su impasibilidad.

—He ahí un caso de curanderismo.

—De *caradurismo*, querrá usted decir.

Creí sentir un asomo de risa burlona en el chirrido de los flejes, y desde aquel momento mis relaciones con el armatoste quedaron rotas. Resolví, pues, interiormente, no volverme a ocupar de aquel artefacto pretencioso y ridículo.

Poco tiempo después noté que esta antipatía se había extendido a todo el pasaje.

Parecía que tuviera vida. Ocupaba siempre con un acierto infalible los lugares donde más molestaba. Por las mañanas, invariablemente se le encontraba interrumpiendo nuestro paseo, en el sitio elegido por todos con ese objeto. En los bailes que se organizaban en cubierta, se le hallaba ocupando los mejores puestos y había que sacarle de ellos a tirones. El aparato, pasivo, se dejaba conducir, pero se vengaba al día siguiente repitiendo la suerte.

De este modo, fué levantando poco a poco el odio de todos, y hasta la tripulación no tengo dudas de que también le aborrecía. Por las madrugadas, a la hora del baldeo, oía desde mi camarote las feroces arremetidas que le propinaban los encargados de la limpieza; hasta mí llegaban las imprecaciones, y la creciente trepidación de la armadura metálica rechinando con estrépito estridente, me indicaban la violencia con que era rechazado para obligarle a cambiar de sitio. Le trataban a patadas. Luego, con la manga de riego de limpiar la cubierta, le ad-

ministraban violenta ducha, hasta que cansados le dejaban de cualquier modo, empapado en agua, goteando, hecho una lástima, con su impertinencia fría y desvergonzada.

Una mañana temprano, aprovechando que nadie podía verme, me armé de valor y decidí probar el aparato. Me acerqué con ciertas precauciones, lo palpé, balanceé la lona y me monté a caballo sobre ella. Lentamente, muy lentamente me fuí recostando de espaldas y estirando las piernas hasta quedar casi tendido del todo. Quedé, pues, como me dijo el dueño, en el punto inmóvil, suspendido en el aire; los objetos que me rodeaban eran los que se movían, así que, racionalmente yo no debía sentir la menor molestia. Me viajado bastante y nunca me he mareado, pero confieso que a los dos minutos de prueba empecé a sentir las angustias precursoras del mareo.

En este aparato, pensaba, existe un error de cálculo, de construcción, o de las dos cosas; no está hecho para evitar el mareo si no para producirlo. Y en estas reflexiones andaba cuando de pronto, un agrio chirrido de cadenas, un trompetazo de la bocina y ¡zas!, toda mi humanidad dió en tierra como un solo hombre. La lona se había desprendido bruscamente ocasionándome una caída violenta y dolorosa. El aparato se había vengado.

Me levanté molido y avergonzado y resolví no decir a nadie una sola palabra del incidente.

Otro día circuló la noticia de que habían tenido que expulsarlo del comedor, a cuya mesa se había sentado con la servilleta prendida, esperando le sirvieran el desayuno. Unos la creyeron y otros no; yo quedé en duda.

Hartos por fin de las intolerables demasías del artefacto, una noche en que, como siempre, se hallaba presente, surgió de un numeroso grupo de pasajeros la idea de formarle consejo de guerra. Por unanimidad decidieron tirarle al agua, sobre el pucho, pero yo me opuse porque sospeché — y sospecho — que aquello tenía vida. Más tarde adquirí la certidumbre de que no era una máquina inanimada porque una noche de calma silenciosa juraría haberle oído desde mi litera tararear muy bajito una sardana.

Al final tuvimos que reconocerlo: pudo más que todos nosotros.

Por cansancio de odio satisfecho, llegó a sernos indiferente y concluyó despertando nuestras simpatías. Estos cambios no alteraron en nada su carácter de hierro, y continuó impasible. Por último, y ya familiarizados con él, celebrábamos las tertulias en su presencia. En cambio, él, pagaba estas atenciones soportando satisfecho nuestras gorras de viaje, nuestros libros, y sirviendo de mesa a las tazas y copas que conservaba con sumo cuidado en la lona de la verticalidad. Al fin y al cabo no dejaba de ser original encontrar una silla contra el mareo que había conseguido marearnos a todos.

Terminó el viaje. Hace unos días volví a ver al propietario y antes que preguntarle por su salud, quise saber el paradero del célebre aparato.

—Allá lo tengo desarmado y convertido en un magnífico gallinero en mi quinta de Merlo. Si tiene ganas de pasar un día de campo recordando las cosas del mar, vaya a visitarme cuando quiera; ya sabe.

DIBUJO DE SIRIO. ANTONIO CAÑAMAQUE.

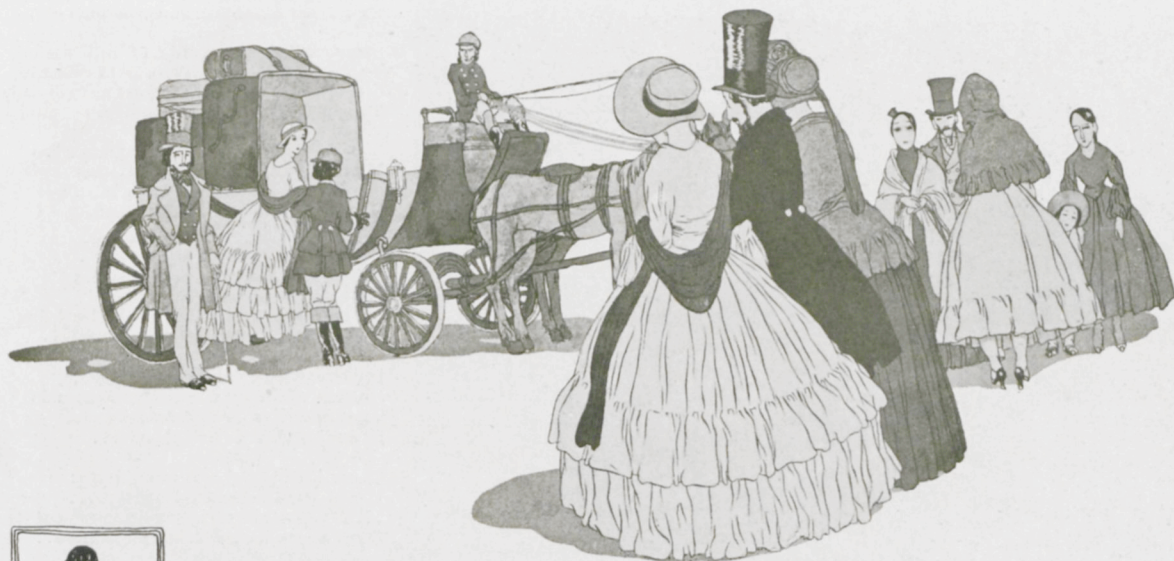


ADQUIRIDO POR LA COMISIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES.

AYER
ÓLEO DE EMILIA BERTOLÉ.



PAGINAS FEMENINAS



E acentúa el desbande... Las elegantes mundanas, las modestas burguesitas, como inquietas golondrinas, hacen sus planes, para poder abandonar la populosa, hirviente cosmópolis, buscando nuevos horizontes.

Todos son proyectos y preparativos, y como todo es relativo en este mundo, mientras el afán de algunas es sólo cambiar el escenario de la alta figuración mundana, otras aspiran a disfrutar largos días de serenidad, descansando en los amplios corredores de la vieja estancia, tapizados de madreselvas y jazmines... Las modestas, las humildes, sueñan, en cambio, mientras trabajan en sus estrechas, sombrías viviendas, con su parte de sol en la vida... un reducido patio, tres o cuatro matas floridas, reemplazan para ellas el veraneo saludable, los ensueños de viajes maravillosos en los yachts que se llevan allá a lo lejos su preciosa carga de belleza y de alegría, esas flores animadas, vestidas de batistas luminosas, cuyo incesante parloteo, apenas atenuado por la distancia, nos recuerda la algarabía de gorriones y zorrales en su amanecer, ávido de luz y de algazara.

Todos son proyectos y preparativos; se abren ya los amplios balcones de los *chalets* de estilo moderno, las persianas de las viejas quintas de los alrededores; se hace una rápida jira de inspección, hasta la estancia, transportando a toda prisa esas mil coqueterías indispensables para toda elegante, aun en los confines de la Tierra del Fuego: cretonas floridas, tenues muselinas, *fajences* decoradas de vistosos colores, algún juego de mimbre *dernier cri*... Pero falta lo principal; es que nos llega de golpe el verano, y todas ustedes, amigas mías, se encuentran ¡sin nada que ponerse! El sencillo ajuar que exige el veraneo en la ribera del norte o en pintoresca serranía, impone largas horas de trágica, y también largas reflexiones para poder responder a las exigencias de la moda en circunstancias tan anormales, para la gran mayoría de los *budgets* femeninos... *Lainages* para los trajes *tailleur*: batistas, linones, espumillas; amplios abrigos, para las excursiones en auto, *jerseys* de seda, *madras* de colores para envolver coquetamente la rebelde cabellera, porque el golf y el tenis exigen su indumentaria especialísima... Luego, los sombreros *plateau* tan lisos, tan sobrios, pero velados por valiosas echarpes de encaje; al lado de los altos, exagerados tacones de los coquetos zapatitos de raso y de bronceada cabritilla, los de estilo inglés para deporte, nada coquetos, por cierto, pero capaces de llevar, como si fueran alas, por valles, sierras, o pedregales, a las incansables golondrinas, ávidas de nuevos y amplios horizontes.

Todos son proyectos y preparativos... El veraneo en las playas a la moda, es complemento indispensable para las que se hallan aprisionadas en el engranaje de la alta vida mundana, ya sea por invencible atracción, o porque no se resuelven a independizarse de los deberes que las imponen el rango y la fortuna... Las suntuosas residencias de la Loma o los pintorescos *chalets* de la Perla, en el Biarritz argentino, despiertan a la vida después del largo sopor de los meses del invierno; rojos geranios, esmaltan los cuadros de césped de sus jardines; más allá, alejándonos de la soberbia playa, se abren también los balcones que dominan la fronda de parques señoriales... Sólo se espera que la presencia femenina realice el encanto acos-

tumbrado, y vuelva la vida intensa y animada a esos palacios mudos, al igual que el legendario de la Bella Durmiente, sólo con el roce de su falda y el arte de sus manos, para disponer el cuadro en que se ha de pasar la temporada de verano; y es esta la temporada que requiere mayores preparativos... Ninguna elegante que se respete, puede trasladarse a una playa a la moda sin el importante cortejo de baúles *mundo*, sombrereras, maletas y *necessaires*, equipaje digno de compararse con el de algún soberano de los que se dirigen resignadamente a su destierro, pero llevándose todos sus tesoros... desde el simple traje de mañana, hasta el suntuoso atavío *criblé* de perlas y de *strass*, que se ha de lucir en las fiestas a realizarse en las lujosas villas del Boulevard Marítimo, o en el recinto del Ocean, inaccesible para las que no toman parte en ese tradicional torneo de lujo y de elegancia.

No es de extrañar, pues, que baúles *mundo*, sombrereras y maletas sean ya dueños de los coquetos *boudoirs*, de la galería alta que circunda el imponente *hall*, de pasillos y subsuelos; se

acentúa el desbande, y las inquietas golondrinas alisan su plumaje para levantar el vuelo en busca de nuevos horizontes, pero también con decidido espíritu de conquista.

Ya no se veranea como antaño, amigas mías... Pocos conservan los recuerdos de la vida en la vieja aldea, cuando desde el aristocrático *fau-bourg*, que era entonces el barrio de La Merced, se proyectaba trasladarse de paseo hasta la quinta, pidiendo las cabalgaduras para llegar a la primitiva calle Larga de la Recoleta... la quinta de Borbón, la chacra de Rodríguez Peña, del lado norte de la ciudad; la quinta de don Ladislao Martínez, en la esquina que ocupan hoy las Catalinas... Ir más lejos, era todo un problema; la galera que podía llevar a las elegantes porteñas hasta Flores, San Isidro o San Fernando, emprendía su accidentado viaje sólo tres veces por semana. A la iniciativa y perseverancia de las familias inglesas, que implantaron la costumbre de pasar largas temporadas en los alrededores de la vieja aldea, y sobre todo, al terror de la primera peste que, al asolar a Buenos Aires, hace casi medio siglo, obligó a las familias pudientes a huir de la ciudad abrumada por «la nube de muerte que la amenazaba...» (1) se debe el que la sociedad porteña buscara salud y expansión.

Calesas y vehículos antediluvianos conducían la preciosa carga de mundanas de antaño, y se llegaba en esa forma hasta las lejanas estancias, haciendo largas jornadas, y relevándose con tal objeto los vigorosos troncos de caballos criollos; naturalmente, se corría el riesgo de pernóctar horas y horas en algún pantano traicionero; las crónicas de la época recuerdan siempre la aventura de una encantadora desposada que, invitada por su esposo a instalarse desde los primeros días de casada en la lejana estancia, debió pasar las primeras horas de su nueva existencia, detenido el pesado *break*, en el medio de la noche, por un lóbrego y extenso pantano; estremecida de miedo y de frío, pero idealizada aún su belleza por la nivea blancura del nupcial atavío, debió aparecer ante la hosca cuadrilla de peones de sus nuevos dominios, como un rayo de luna en el desolado paisaje.

¡Qué lejos estamos de tan románticas aventuras!... La vertiginosa evolución de nuestro medio ambiente, nos ofrece todas las comodidades posibles; las aventuras de viaje, los percances de otros tiempos, se transforman también y llegan hasta hacerse trágicos, porque para los lances en ferrocarril, o los accidentes de auto, no existe término medio; pero vivimos como si nos arrastrara la fatalidad, a prisa, a prisa, sin detenernos a pensar en el peligro de la loca velocidad... Y este año se ha iniciado el desbande sin esperar siquiera que se realice el tradicional Corso de las Flores, límite de la actividad social, fijado por las autoridades de la brillante farándula; después de transcurridos cincuenta años, la hirviente, populosa cosmópolis, se ha visto amenazada lo mismo que la vieja aldea, por nueva nube de muerte y desolación... y las inquietas, temerosas golondrinas, abandonan a toda prisa la populosa ciudad, buscando nuevos horizontes y algún reposo a sus cansados nervios.

LA DAMA DUENDE.



ENLACE DE LA SEÑORITA MARÍA TERESA PEARSON QUINTANA, CON DON MARTÍN DE ALZAGA, CELEBRADO EL 19 DE OCTUBRE, EN LA CATEDRAL.

(1) Proféticas palabras del doctor Manuel Argerich: enero de 1871, cuando la epidemia de fiebre amarilla.

NIEVE...

Cae la nieve, por la vez primera
Veo sus copos, cándidos, pequeños,
Y siento un gozo inmenso, cual si fuera
La forma material de mis ensueños.

Y al caer, las molduras, lentamente
Las va cubriendo filigrana leve;
También en los repliegues de mi mente
Hoy se ha juntado mucha, mucha nieve.

¡Oh! qué inefable beatitud serena
Siento en mi ser, purísimo destello
Me ha traído la nieve siempre buena
Al resbalar piadosa en mi cabello.

¡Oh, cuántos pensamientos confundidos,
Cuánto ideal! En espontáneo acceso
Miro al cielo, los brazos extendidos
En profundo y estático embeleso;

Y en un raptó sublime de locura,
Con un abrazo inmenso, irreal, potente,
¡He deseado estrechar tanta blancura
E incrustarla en mi ser profundamente!...



A «Páginas Femeninas» corresponde ofrecer a sus lectoras, interesantísima primicia con los versos inéditos de la señorita Margarita Abella Caprile; PLYS VLTBA ha logrado hacerlos conocer, ven-

ciendo la exquisita modestia de la encantadora jovencita. Con sincera emoción vemos revelarse en esta viva primavera los destellos del talento, que ha sido tradicional en su familia.

¡Oh, qué blanco está todo! Junto al fuego
Te veo, nieve, desde mi ventana;
¡Y esta dulce nostalgia en que me anego
Es porque nunca volverás, hermana!

¡Hermana, sí, oh, cuánto te he buscado!
Te hallo, y te vas, alegre, a tu albedrío,
Que el suelo en que un instante has reposado
Tu ambiente no es, como tampoco el mío...

Cuando derrita el sol tu espuma leve,
Ya libre, volarás a otras regiones;
¡Dadme un poco de sol para mi nieve
Y volaré también con mis canciones!

Así dejo que vaguen mis ensueños
En la hora serena; siento frío;
Me acerco más al fuego; arden los leños,
Hay mucha paz en el silencio umbrío...

Un oso blanco, inmóvil la mirada,
Recordando, talvez, que otrora ha sido
Trozo viviente de la estepa helada,
Parece que sonríe complacido...

Cierro los ojos; gozos, sentimientos
En mi largo rosario los enebro...
...Y van cayendo blancos pensamientos
Como copos de nieve, en mi cerebro...

MARGARITA ABELLA CAPRILE.

(En la nevada del 22 de junio.)



RECUERDOS... POR OLSEAU BLEU



Por tratarse de impresiones íntimas y sinceras, no nos es posible traicionar a la interesante escritora, que se oculta tras el seudónimo; sólo podemos decir que es rubia, fina y delicada y que pertenece a un hogar de abolengo, cuyo apellido ilustran músicos y literatos consagrados ya en nuestro ambiente.

Las doce y quince. Y la campana de la estación dió la señal de partida.

Un frío intenso penetraba en todo mi ser, en esa mañana de rigurosísimo invierno, el cielo lleno de nubarrones, completamente gris, triste, muy triste, semejaba con el estado melancólico de mi alma.

El tren corría vertiginosamente y en su desenfadada marcha, al pasar dejaba contemplar campos y praderas, cerrados case- rones, árboles que de uno en uno parecían lamentarse del verde follaje desaparecido, nidos solitarios, desiertos, testigos impere- cedores de amores de pájaros encantados que- daban aún amarrados a las ramas de viejos

y añosos troncos, desafiando las tempesta- des de los vientos.

Con esta serie de comparaciones, haciendo apariencia de oír a mis alegres compañeras me abstraí un poco de tan interesante gru- po, transportándome en alas de mi imagi- nación a un mundo más allá.

¡Me sentía despierta, pero soñaba! Soñaba haberme ido a un país en el que al fin había hallado al príncipe de mis ensueños. Mas de pronto esa inspirada visión de lejanas cosas que presentía, estaba convertida en hermosa realidad; al frente mismo de mí, un viajero me llamó la atención.

En aquel día... Mi espíritu soñador y profundo lo encontró...

Arrogante y distinguido, vestía de luto, y

en más de una ocasión en el trayecto, pare- cióme notar una pequeña huella de dolor en su semblante. Preguntándome: Si la cau- sa del pesar en ese hombre de rostro varonil obedecía a la muerte de alguien querido. ¿Quizás la novia? ¿La esposa? ¿o la madre? Y volvía a caer sin obtener contestación en lo insondable de lo desconocido...

En esto sus ojos se detuvieron en los míos azules: nos miramos repetidas veces, y al través de dos almas, tal vez de pensar distinto, una corriente de simpatía se había establecido...

¡El viaje concluía, hubiese deseado fuese eterno! Al descender del tren y confundirnos entre la multitud de pasajeros nos seguimos con la mirada hasta perdersen de vista.

De regreso a la ciudad, la tarde iba cayen- do, una deliciosa nostalgia del viajero me embargaba, y al admirar con su constante recuerdo por las ventanillas del coche el cuadro que se presentaba: No era la misteriosa noche que empezaba... Era el ama- necer de un regío día, el despertar del sueño que de nuevo me llamaba a la vida.

Desde entonces dos solos instantes se han cruzado en mi camino... donde lo viera por primera vez...

Ha pasado un tiempo... y a pesar de todo, él siempre viaja a mi lado... Y los ojos ne- gros, fuertes y penetrantes... Son cual una estrella luminosa que me acompaña para alumbrar el obscuro firmamento de mi exis- tencia.

AL PASAR...

Todas las mañanas entra a la oficina, a la hora de reglamento, y firma el parte de asistencia con letra igual y acompasada: *Aurora Soleto*; luego se quita el sombrero de castor negro, pequeño, la piel que envuel- ve su cuello. Después de ponerlo en la per- cha, se sienta frente a su mesa de trabajo; abre el libro de «direcciones», y empieza su labor diaria y monótona. La pluma se desli- za sobre el papel, que va cubriéndose de pequeños signos perfectamente legibles; ni un estremecimiento, fuera del compás ruti- nario, agita aquella mano pequeña, donde las uñas brillan primorosamente cuidadas. Es el único detalle de preocupación que salta a la vista. Su persona no es mal parecida, su edad... blancos hilos surcan la negra mata de pelo que recogido con una peñeta, no acusa estudio ni coquetería. Su traje ne- gro, sencillo, apesar de la esmerada limpieza, el ligero brillo de las mangas por el roce de la mesa denota su vejez. Después de algu- nas horas de escritura continua, suele dejar la pluma, para mirar al cielo por el ventanal que tiene frente a su mesa de trabajo. En sus

pupilas claras, tan cla- ras que casi no hacen sombra en el fondo blan- co de sus ojos, hay siempre una brillantez como de fiebre, o como si el reflejo de un triste pensamiento, continuo, los bañara con esa agua amarga que vierte el dol- or: las lágrimas, que han llegado a hacerla perder su color, a aquellos espe- jos de su alma, tam- bién incolora, por la fuer- za de las circunstan- cias... sin anhelo fijo... sin horizontes, fluctuan- do entre la esperanza y el desconsuelo...

Vive con su madre vieja y enferma, que guarda cama hace mucho tiempo. Ella está obligada a dejarla durante el día, por su trabajo. Hace 18 años que es empleada en la misma oficina, siempre esperando un as-



Don MARIA LEBEM

censo para jubilarse con más sueldo; es tan poco lo que gana...

¡Su vida! Su vida se ha deslizado sin alternati- vas... no ha tenido ju- ventud. El dolor se plegó sobre las alas blancas de la fantasía, patrimonio de todos los corazones; pero en el suyo nunca se han extendido esas alas, en un vuelo persiguiendo ilusiones...

Sobre su mesa, en un vaso con agua, hay siem- pre unas flores que trae y las coloca con amor cerca de ella. Habla de sus plantas, de sus pá- jaros; teme a la tormenta que se anuncia en negros nubarrones, que cruzan el es- pacio en desenfadada carrera, como huyen- do del viento que las impele, formando con su humo caprichosas figuras.

—«El canario y el zorzal... han quedado en el patio... Si llueve... con lo que ha refrescado, no será muy agradable el baño que se van a dar, pobrecitos... ¡Qué poca previsión la mía, estando el tiempo tan va- riable; las plantas perderán un poco de tierra, no importa; pero el zorzal y el canario!...»

En su rostro se refleja la honda contrarie- dad que siente.

Llega la hora de la partida, son las cinco y media; apresuradamente cierra el escri- torio, pone el vaso de flores en la biblioteca, «para que mañana el ordenanza no las es- tropee al arreglar la sala.» Coge apresura- damente su sombrero de castor negro, la piel y calzándose los guantes, sale rápidamente después de despedirse.

Aquella existencia sin luz, sigue siempre igual, sin variaciones, como una anticipación del reposo eterno, en una enfermedad de lan- guidez, con ese desaliento abominable de las mismas acciones siempre repetidas; sin que jamás criske aquellos labios una mueca de ira, ni brille en aquellos ojos un relámpago de protesta por las injusticias de la vida...



LA REGATA INTERNACIONAL EN EL TIGRE.— LLEGADA DE LA CARRERA «JUNIOR FOURS B»



PREMIO «CLUB CANOTTIERI ITALIANI», GANA- DO POR LA TRIPULACIÓN DEL «CLUB REGA- TAS DE AVELLANEDA»



Srla.
Mercedes
Santamarina



Srla.
Lucia
de Bruyn





TIPOS DE ACTUALIDAD

EL VENDEDOR DE BANDERITAS

GOUACHE DE ALONSO.



HOMENAJE A ITALIA

IPERBIOTINA MALESCI

GRAN TONICO ITALIANO, DE FAMA UNIVERSAL.
VENTA EN DROGUERIAS Y FARMACIAS

Preparación patentada del Establecimiento Químico Dr. Malesci Firenze (Italia). Inscripta en la Farmacopea del Reino de Italia.
Único Concesionario-Importador para Sud y Centro América: M. C. de MONACO, VIAMONTE, 871 - Buenos Aires.

VISTA GENERAL DE GUATEMALA



ESTE FOTOGRAFADO ES UN RECUERDO DE LA HERMOSA CIUDAD AMERICANA. EL ÚLTIMO TERREMOTO DE QUE FUÉ VÍCTIMA, DESTRUYÓ LA CATEDRAL Y LA MAYOR PARTE DE LOS EDIFICIOS.

AERTEX

CELULAR

EL TEJIDO QUE DESAFIA
AL CALOR Y AL FRÍO



SE VENDE EN LAS
PRINCIPALES CASAS
DEL RAMO.

Por intenso que sea el calor o por baja que sea la temperatura, toda persona que use **AERTEX** Celular, como ropa interior, se sentirá cómoda y confortable, disfrutando su cuerpo de una temperatura media. El secreto es éste: Usar **AERTEX** Celular, equivale a vestir un tejido formado de una infinidad de celdillas de aire, el mejor aislador del calor y del frío. Emplee usted **AERTEX** Celular y gozará siempre de una temperatura normal, apesar de las alteraciones atmosféricas.



BISH

Unión Telefónica, 1470 (Avenida.)



BISH

SE HACEN COMPOSTURAS

ALHAJERO NOVEDAD

CARTERAS - BOLSITAS
NOVEDADES - MONOGRAMAS

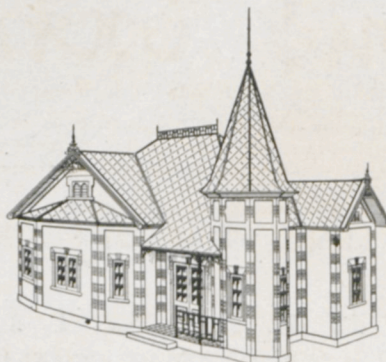
CASA BISH

BISH

ESMERALDA, 81.

BISH

NUESTRO REGALO DE AÑO NUEVO COMO RECLAME



Precioso Chalet construido con nuestra mampostería en cemento armado «Sistema CHACON».— Recomendado para la campaña por los entendidos, y por los resultados obtenidos.

Nuestra mampostería en cemento armado «Sistema CHACON», es reconocida y aprobada por la Municipalidad de la Capital Federal, y por todos los mejores estancieros de la República.

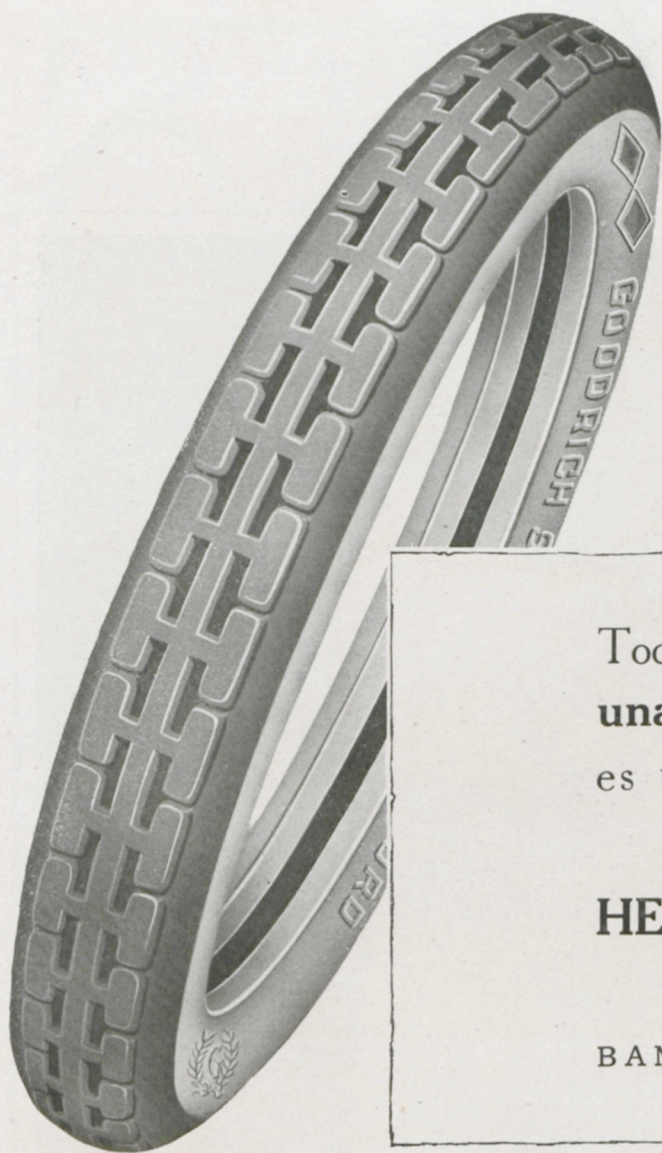
Nuestra oferta excepcional vence el día 31 de enero de 1919. Consta de 7 piezas varias y comunicaciones. Listo para ser habitado. Es una buena ocasión.

DATOS Y CATÁLOGOS GRATIS PUEDEN PEDIRLOS A NUESTRO ESCRITORIO.

\$ 7.800 c/

Hasta el 31 de
Enero de 1919.

R. CHACON HNOS.
ALSINA, 1537, Bs. As.-U. T., 5448; LIB.



Neumáticos **Goodrich**

Por todos los caminos del mundo han dejado la huella de supremacía.

Todo automovilista que ha equipado **una vez** su auto con estas cubiertas es un decidido defensor de ellas.

Representantes para Argentina, Uruguay y Paraguay:

HENRY W. PEABODY & Cía.

BARTOLOME MITRE, 1746

Agentes en Montevideo:

BANKIER & LINN — Rincón, 689



El mejor regalo

para las próximas fiestas de

NAVIDAD Y AÑO NUEVO

lo constituyen nuestras hermosas canastas, provistas de un abundante surtido de dulces, turrones, pan dulce, mazapán, confites, bombones y champagne de las mejores marcas y calidades.

CADA CANASTA CONTIENE:

- | | |
|-------------------------------|-------------------------------|
| 1/2 botella Champagne Pommery | 1 Mazapán de frutas |
| 1/2 » » Moët y Chandon | 1 caja de Bombones |
| 1 pan dulce a la Genovesa | 1 » de Frutas aconfitadas |
| 1 turrón de Almendras | 1 paquete de Confites «Paris» |
| 1 » de Avellanas | 1 » de Peladillas |

CONFITERIA "LOS DOS CHINOS"

de GONTARETTI Hnos.

Alsina y Chacabuco — Buenos Aires.

U. T., 621 y 2720, Avenida. - Coop. T., 3649, Central.

Boubons Extra

de GONTARETTI Hnos.

Son una verdadera delicia por su exquisito sabor de frutas frescas y licores finos. Como se elaboran con los mejores cacaos y azúcares del país, su calidad iguala a los más finos que se importan.

Fabricados exclusivamente por la

CONFITERIA "LOS DOS CHINOS"

DE GONTARETTI Hnos.

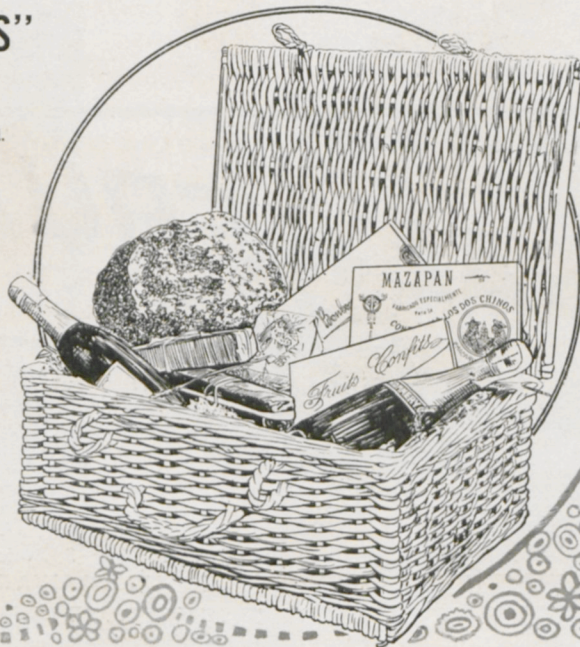
ALSINA Y CHACABUCO — Los dos teléfonos — BUENOS AIRES

Se venden sueltos y en cajas de varios tamaños a \$ 6.— el kilo, solamente en la fábrica y en la

CASA ARGENTINA SCHERRER

161, SUIPACHA, 185

BUENOS AIRES



-PLVS VLTRA-

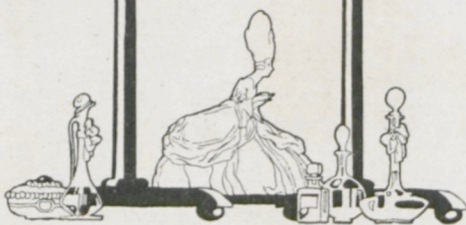
MODA



MODELO MUY ORIGINAL EN JERSEY DE SEDA «BEIGE», CON BORDADO AZUL MARINO; «JABOT» EN GASA «PLISSÉ», CREACIÓN DE LA MAISON PREMÉT.



MODELO ÚLTIMA CREACIÓN EN «CRÊPE DE SOIE» ROSA, RICAMENTE BORDADO DE LANA BLANCA, CINTURÓN CORDELIÈRE. ORIGINAL DE JENNY.



POR LA MAÑANA

al levantarse, tómese un vaso de agua que con

SAL de FRUTA ENO

(ENO'S FRUIT SALT)

Se habrá vuelto hervorosa y refrescante. Antes del desayuno, es un tónico que provoca el apetito y la digestión, despeja la cabeza, estimula el hígado y hace el efecto apetecido en los intestinos. Obra naturalmente, sin causar nunca cólicos ni malestar, de tomar agradable, seguro para niños y enfermos. Emplearla por la mañana es dar buen comienzo al día.

Preparada solamente por J. C. ENO, Ltd., Londres, S. E. Inglaterra.

¡OJO CON LAS IMITACIONES! NUESTRA MARCA DE FÁBRICA ESTÁ REGISTRADA.

VÉNDESE EN TODAS LAS FARMACIAS.



PLVS VLTRA

PUBLICACIÓN MENSUAL ILUSTRADA
SUPLEMENTO DE «CARAS Y CARETAS»

Dirección y Administración: Chacabuco, 151/155 - Bs. Aires

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN EN TODA LA REPÚBLICA

Trimestre (3 ejemplares)	\$ 3.—	1/2
Semestre (6)	\$ 6.—	»
Año (12)	\$ 11.—	»
Número suelto	\$ 1.—	»

EXTERIOR

Año	\$ oro 5.—
Número suelto	» 0.50

Pueden solicitarse suscripciones o ejemplares sueltos a todos los agentes de CARAS Y CARETAS, o directamente a la administración, calle Chacabuco, 151/155, Buenos Aires.

-PLUS ULTRA-

Luxor

*El distintivo de elegancia
en productos de tocador*

POLVOS,
CREMAS,
LOCIONES,
EXTRACTOS,
DENTIFRICOS,
JABONES,
SALES,
TALCOS,
SHAMPOO,
ARTICULOS
DE MANICURA,
etc., etc.

PÍDALOS EN TODAS LAS TIENDAS, FAR-
MACIAS Y PERFUMERÍAS.

ARMOUR AND COMPANY
CHICAGO, ILL. - E. U. A.

EXPOSICIÓN Y VENTA:
Frigorífico ARMOUR DE LA PLATA, Sc. An
AVENIDA DE MAYO, 664/666
BUENOS AIRES





La famosa
lámpara
que despide
luz blanca

Fabricantes: PHILIPS Ltd. — Agentes: BOSCO, VILA & MARZONI
SE VENDEN EN LAS BUENAS CASAS DE ELECTRICIDAD



 **Ibero-Amerikanisches
Institut**
Preußischer Kulturbesitz

2.0	5.6	5.0
2.2	6.3	4.5
2.5	7.1	4.0
2.8	8.0	3.6
		3.2